La jaula amarilla

Una novela sobre represión política y deseo



Carlos Antileo Soto

Dedicatoria

A quienes militaron en la izquierda revolucionaria y pagaron con el cuerpo la clandestinidad, la tortura y el silencio.

A quienes, dentro de esa misma militancia, cargaron además con otra clandestinidad, la del deseo, y no encontraron el lenguaje ni el momento para decir quiénes eran.

A mi hija, que heredó esta historia sin haberla elegido y aun así supo mirarla de frente.

A su madre, que también fue devorada por lo que el país nos hizo.

A mis hermanas, que cargaron su propia jaula y me enseñaron que la violencia siempre viene de más atrás.

PRÓLOGO

Esta es la historia de Alberto, contada desde el lugar donde termina, es decir, en 2026, con sesenta y ocho años, sabiendo finalmente lo que tardó una vida entera en entender.

Le faltaba poco para cumplir veinticinco años cuando la CNI lo quiso desaparecer en una celda de color amarillo. No lo lograron del todo. Pero algo se desapareció igual dentro de él durante esos días, algo que permanecería ausente, buscándose a sí mismo en la oscuridad durante más de veinte años sin poder nombrarlo ni reconocerlo como propio.

Lo que viene es la reconstrucción de esos veinte años, dando respuestas y explicando el pasado de alguien que hoy pudo ser otra persona, esa es la larga marcha hacia el reconocimiento. Este no es testimonio, es una ficción, basada en hechos reales. Algunos nombres han sido cambiados, mientras otros el lector los reconocerá porque formaron parte de esta historia. Así, la recomendación es que no considere este relato como un expediente con datos ordenados. Los hechos narrados son parte de lo cotidiano y de lo histórico, por ello el relato a veces se pregunta ¿quién hubiera sido Alberto si lo que pasó no hubiera pasado? ¿Quién fue mientras sucedía y no lo sabía?

La represión política no terminó cuando lo soltaron. El relato no explica cuánto tiempo estuvo secuestrado. Pudo ser una hora, un día o muchos días. Lo que le aconteció al personaje, es algo que ocurre a diario, en donde la represión, la moral, la transmisión de ideas, la manera en que se relatan los hechos que afectan a las personas, lo que se vive y traumatiza a diario se queda viviendo en los cuerpos quizás para siempre, se aloja en los deseos, se manifiesta en cada decisión que creemos que es nuestra cuando en realidad son las que el sistema ya ha tomado por nosotros, mucho antes de haber nacido.

Durante años, Alberto creyó que se trataba de dos historias distintas, la de la dictadura que lo torturó y la de su sexualidad que desconocía. Recién ahora, a los sesenta y ocho años de edad, comprende que siempre fue una sola historia. Una narración única sobre cómo el poder entra en los cuerpos de los disidentes y les arrebata, lentamente, la capacidad más fundamental de reconocerse a sí mismos.

PARTE I: LA JAULA DE LA INFANCIA

Los orígenes

Los padres de Alberto se fueron a Argentina recién casados. El padre, que tenía habilidades en metal-mecánica, consiguió trabajo como trazador y diseñador de calderas en una industria de Buenos Aires. Era un oficio que lo colocaba en un lugar privilegiado dentro de la clase trabajadora, alguien que no solo usaba las manos sino también la mente para diseñar las piezas que otros fabricaban. En Buenos Aires nacería Alberto, en octubre de 1957, y después de él nacerían cuatro niñas más: María, Ana, Inés y Beatriz. La familia permanecería en Argentina durante varios años, una época de la que Alberto apenas guardaba fragmentos de memoria, apenas imágenes, apenas la sensación de que en otro lugar, en otro país, su vida había tenido un comienzo distinto al que el resto del mundo conocería.

En 1964, cuando Alberto tenía seis años, la familia decidió regresar a Chile. Los motivos exactos se perdieron en el tiempo. Lo que quedó fue el hecho de que habían vivido en Buenos Aires, que Alberto había nacido allá, que algo de sus primeros años había transcurrido bajo un cielo distinto. La familia llegó al barrio Lo Besa en Quinta Normal, una zona de casas modestas donde vivían otros trabajadores y sus familias. Era Santiago, pero no era Buenos Aires.

En 1965 nace Alejandra, la sexta hija. En 1967 nace Arturo en Rancagua, el único hijo varón después de Alberto, el bebé de la familia, el que traía consigo, según las bromas de la época, hasta el dispositivo intrauterino en la mano para evitar su llegada.

La familia llegó a Machalí en 1966. Venían de Quinta Normal, donde habían vivido unos años en una casa de ladrillos de dos pisos en el barrio Lo Besa, pero el padre había conseguido trabajo en la Braden Company en Caletones y la mudanza se impuso como las cosas se imponen porque no había alternativas. La pobreza obliga, y no hay posibilidades de elección.

El padre llevaba en su vida su propio tormento, tuvo que hacerse a sí mismo porque en su infancia las cosas habían sido agrias. De allí arrastraba una historia de dolores y refugios en los cuales evadirse era lo que tenía a mano para hallar un poco de paz. Pero nunca esa paz

llegaba en realidad, pues el alcohol nunca ha sido un refugio si no tienes las herramientas para usarlo en su justa medida. Bebía, aunque no todos los días, pero cuando lo hacía aparecía un hombre cariñoso y sentimental. Es cuando se emocionaba y lloraba, pidiendo perdón a sus hijos por los golpes y malos tratos que les generaba en otras instancias. Le dolía su propia dureza y violencia. Un padre que golpea a sus hijos siempre era algo terrible porque eso no era previsible; eran arrebatos que surgían frente al llanto, al error o a un gesto inapropiado de alguno de sus hijos. Un padre que golpea convierte cada día en un examen sin temario, cada gesto en una posible causa de castigo, cada palabra en un riesgo mal calculado.

En Machalí la casa era una mediagua de dos habitaciones de 9 metros cuadrados, de madera, ubicada en un terreno pequeño pero que en la parte trasera del patio contaba con diez álamos que se mecían al viento con una parsimonia que auguraba buenos tiempos. La madre, Delia, hacía lo que siempre hacía, mantener la casa funcionando, la ropa lavada, la comida servida, con un orden doméstico que era también una forma de control, con una religiosidad estricta que dividía el mundo en lo que se podía decir y lo que no. Delia batallaba cada día con los quehaceres de la casa y con los siete críos que cuando llegaban de la escuela eran un torbellino de energías a veces sin control. El sueldo no alcanzaba para vivir con dignidad, su marido no siempre disponía los recursos para la casa, o porque era poco lo que le pagaban, o porque parte de su salario lo gastaba con los amigos los fines de semana. Delia por ese hecho cosía, sabía hacerlo, y logró tener varias clientas que le encargaban el diseño y confección de prendas a medida. Su trabajo comenzaba a las seis de la tarde y terminaba a las dos o tres de la madrugada. Para poder comenzar con la tranquilidad que necesitaba, apagaba las luces que entraban por la ventana, cubriéndolas con una frazada, y con ello se daban las condiciones para ordenar a sus hijos a irse a la cama a dormir. Así es que desde la más pequeña hasta el mayor de sus hijos, se acostaban temprano. Entonces comenzaba la segunda jornada de trabajo para Delia.

Durante los días de la semana, en la mediagua reinaba el jolgorio, la paz, el juego, la confianza entre los hermanos. Durante el fin de semana, cuando llegaba el padre, todo cambiaba, se imponía el temor. Lo que Alberto sí podía ver era la lealtad silenciosa entre los hermanos,

una forma de cuidarse que no necesitaba palabras. María, la mayor, ejercía como protectora sobre las demás que a veces la ponía en la trayectoria del padre. Ana era más callada, pero cuando el padre cruzaba cierta línea, los ojos de Ana se ponían duros como piedras. Beatriz estaba al medio, menos expuesta, más capaz de moverse entre las zonas de peligro sin ser tocada. Alejandra era la menor apenas recién sabía caminar, e Inés que por su condición estaba aparentemente fuera de peligro.

Alberto recuerda que en ese tiempo, la llegada de su hermano Arturo significaba la posibilidad de tener un compañero que lo entendiera, otro hombre que no fuera su padre. Porque para Alberto su padre implicaba obediencia y castigo. Su madre incluso ubicaba al padre como el celador al cual ella podía acudir en caso de algún desborde. Arturo era el bebé que todos cuidaban, todos, excepto su padre. Para Alberto tanto Inés como el bebé fueron su centro de atención y preocupación.

Los fines de semana, cuando su padre se embriagaba, se ponía sentimental y llamaba a Alberto para hablar de hombre a hombre con su primogénito, cuestión que a él le molestaba mucho porque ese cariño que recibía con hálito a alcohol, lejos de darle alegría lo tensionaba porque no sabía cómo negarse a ello y terminaba llorando. Su padre en esas circunstancias también lloraba y pensaba quizás en que se estaban entendiendo.

Nada más lejos de la realidad, Alberto lloraba porque no hallaba la forma de desasirse de los brazos de su padre, incapaz de decirle ¡ya basta! por temor. Alberto recuerda esas escenas y el estado de alerta permanente. El hábito de saber que su padre en estado de embriaguez trataría de abrazarlo como una forma quizás, de perdonarse a sí mismo. Ese aprendizaje, hecho en el cuerpo antes que en la mente, no se olvidaría jamás.

Delia se incorporaba a las tres de la madrugada de la silla de madera donde cosía, y la primera cosa que hacía no era estirar la espalda ni buscar un vaso de agua sino contar. Contar las prendas terminadas, las que faltaban, los botones que había puesto mientras sus hijos dormían en la habitación de al lado. Contaba como quien reza, con la misma atención mecánica y la misma certeza de que si dejaba de hacerlo algo se vendría abajo. Su cuerpo no le pertenecía. Le pertenecía a la clienta

que esperaba el vestido para el sábado, le pertenecía al marido que gastaba el sueldo los viernes, le pertenecía a los siete hijos que necesitaban desayuno aunque ella no hubiera probado bocado desde el almuerzo del día anterior.

Nadie le había explicado que eso era un trabajo. Le habían explicado que era lo que las mujeres hacían. Su madre lo había hecho, las hermanas de su madre lo habían hecho, y si alguna vez Delia había pensado que había otra forma de vivir, ese pensamiento no duraba más que el tiempo que tardaba en encender la máquina de coser. La aguja bajaba y subía, bajaba y subía, con un ritmo que marcaba no solo la tela sino los límites de lo posible. Delia no tenía palabras para llamar agotamiento a lo que sentía, ni para llamar injusticia a la división que hacía que su marido pudiera beber los fines de semana mientras ella cosía hasta que los dedos se le dormían.

A veces, en la madrugada, cuando la casa estaba finalmente en silencio y las últimas luces de la cocina se apagaban, Delia se sentaba un momento junto a la máquina sin encenderla. Miraba sus manos. Veía los callos, las pequeñas cicatrices de las agujas, la piel seca de tanto lavar ropa ajena. Esas manos no eran las manos de una mujer de treinta años. Eran las manos de una mujer que había envejecido dentro de una casa que no era suya, con un marido que no la veía, criando hijos que no sabían cuánto costaba cada plato de comida. Y en ese momento, que duraba apenas un minuto antes de que el sueño la venciera, Delia sentía algo que no tenía nombre. No era tristeza exactamente. Era más bien la sensación de estar atrapada dentro de una máquina más grande que la máquina de coser, una máquina que no tenía botón de apagado.

Alberto desarrolló un ojo para los detalles que otros niños no tenían. Sabía leer el sonido de los pasos de su padre en el pasillo- Los pesados y arrastrados eran los seguros, los rápidos y firmes eran los que presagiaban algo. Sabía identificar el tono exacto de voz en que su madre pedía silencio, porque había uno que significaba simplemente “cállate” y otro que significaba “tu papá está de mal humor”, vayan a sus cuartos. Sabía leer el lenguaje de los cuerpos de sus hermanas cuando el padre llegaba. Leía que María se ponía de pie como quien espera una orden, Ana bajaba la mirada hacia sus zapatos, Beatriz se movía hacia el cuarto de cocina, que quedaba en la parte trasera de la mediagua, como si necesitara algo de allí.

Esa lectura del mundo no era un talento. Era una destreza de supervivencia que se afilaba cada día, como el cuchillo que el padre usaba en el taller. Un niño que aprende a leer el humor de un padre de carácter impredecible está aprendiendo algo que la escuela no enseña: está aprendiendo que el mundo no es un lugar seguro, que la seguridad es una ilusión temporal entre tormenta y tormenta, y que la única forma de protegerse es estar siempre un paso adelante del peligro. Esa lección, grabada en el cuerpo antes que en la mente, se quedaría con Alberto para siempre. Años después, cuando la dictadura lo pusiera en una celda amarilla, reconocería en los pasos de los guardias el mismo lenguaje que había aprendido a leer en los pasos de su padre.

El barrio

El barrio en Machalí era un barrio de trabajadores, de casas antiguas, en cuyo alrededor habían poblaciones en condiciones de precariedad, y algunas construidas con el Plan habitacional CORVI, del gobierno de Eduardo Frei. Allí vivían las familias de los trabajadores de la minera El Teniente. Se distribuían en distintas localidades Coya, Rancagua, Machalí, eran los lugares más cercanos.

La mediagua en donde vivía Alberto se hallaba a una cuadra de la Plaza principal de Machalí, era la única en toda la cuadra. Como vecinos había una familia mapuche, que vivía en una casita de adobes en un terreno de 150 metros cuadrados. El vecino sembraba papas, maíz, u otras hortalizas en distintas temporadas. Eran las dos casas más precarias del lugar. Había una solidaridad concreta, material, que no tenía nombre político todavía pero que operaba como tal, pues si a alguien le faltaba, otro tenía, y lo que sobraba en una casa terminaba en la olla de la casa vecina sin que nadie llevara la cuenta.

Alberto recuerda que en 1969, el alunizaje del Apollo XI, que era un acontecimiento mundial, los vecinos abrieron las puertas de su casa para que los niños del barrio pudieran ver el alunizaje en el único televisor que había en la zona.

Pero más allá de eso, Alberto también fue testigo de los juicios que el barrio dictaba sin tribunal, sin apelación, solo con la fuerza acumulada tras generaciones. Sabía, sin que nadie se lo explicara del todo, que había formas de caminar que estaban permitidas y formas que no, que

había una manera correcta de ser niño y otras que se pagaban con la burla o algo peor.

No entendía todavía por qué. Solo registraba, con la precisión con que los niños registran las reglas no escritas de su mundo, que existía una frontera, y que del otro lado de esa frontera estaba el desprecio.

Efectivamente, frente a la plaza, estaba la "Casa Iris", un almacén en donde se vendía de todo. El negocio era atendido por don Sergio, y en ocasiones por Nelson su hijo, que vestía de manera poco usual, o muy femenina, de figura más bien rellenita, y que hablaba de manera muy delicada, lo mismo que caminaba. Pero, si bien todo el barrio le trataba bien, asimismo todo el barrio comentaba que era "*un colipato*".

Alberto sabía, también por los mensajes de su madre, que ser colipato no estaba bien, y que eso era algo malo, que no debía ser. A sus 11 u 12 años Alberto entonces no alcanzaba a entender el trasfondo, no estaba en su horizonte el poder entender aquello.

Los libros

Fue una profesora llamada Cristina, en el colegio de Machalí, quien le puso en las manos el primer libro que Alberto recordaría como suyo, como algo que le pertenecía de un modo que pocas cosas en esa casa le pertenecían. No era un libro importante ni caro. Era Papelucho, de Marcela Paz. Era un libro de la biblioteca escolar, con las tapas ya gastadas por otras manos, pero para Alberto fue una puerta.

La profesora Cristina lo llevó aparte una tarde y le dijo que tenía algo, que no sabía bien qué era, pero que debía cuidarlo. No era halago. Era la observación precisa de alguien que veía en un adolescente la misma cosa que ella había visto en otros, frente a lo cual ella desplegaba sus alas cariñosas de la pedagoga que lograba ver la inteligencia como refugio en cada niño de Machalí, y la lectura como única salida posible de los infiernos que les tocaba vivir. Alberto no entendió del todo lo que quería decirle entonces. Lo entendería años después, cuando la lectura se convirtió en la herramienta que lo mantuvo vivo en la clandestinidad y en el silencio.

Descubrió que dentro de un libro las cosas se ordenaban de una forma que en el mundo real nunca se ordenaban igual. Descubrió que podía ir cada día a la biblioteca municipal, ubicada en el odeón de la Plaza, a

sentarse en un rincón, sin moverse un centímetro, y sin embargo estar en cualquier otro lugar. Los libros no gritaban. No llegaban tarde ni torcidos. No exigían silencio para no despertar algo peor. Los libros esperaban, pacientes, exactamente donde los había dejado el día anterior.

Empezó a leer todo lo que caía en sus manos, sin criterio, sin que nadie lo guiara. Leía en la escuela, leía en la calle sentado en el borde de la vereda, y de noche a veces, cuando sus hermanos dormían y salía de la habitación para sentarse junto a su madre mientras cosía a leer. Los profesores lo notaban. Decían que era un chico observador, que pensaba antes de hablar, que era distinto. No sabían, ni él tampoco todavía, que esa distancia con que miraba el mundo era también una herramienta de supervivencia que se estaba afilando sin que nadie se diera cuenta.

La amasandería

En 1968 el trabajo de su padre en Caletones había terminado, o más bien, él renunció a su trabajo por diferencias con sus jefes y con el sindicato.

Llegó un día cualquiera decidido a instalar una amasandería. Nunca en su vida había hecho pan. Su experiencia y especialidad eran los fierros, la soldadura, la metal-mecánica.

Con el último sueldo que le pagaron levantó en menos de una semana, una sala de trabajo de 9 metros cuadrados en la parte delantera de la mediagua. Era una construcción sólida, con pastelones de cemento y un radier afinado, lo que garantizaba la higiene que la actividad económica requería. Con sus habilidades armó un par de máquinas amasadoras y revolvedoras, y con ello inició su emprendimiento.

Obviamente se trataba de una actividad que requería el esfuerzo de todos los que tuvieran la capacidad de acompañarle en esa tarea. El padre de Alberto, logró que varios almacenes de los alrededores hicieran pedidos de pan para la venta. Y fue así como día a día, durante las madrugadas el padre de Alberto y su madre, se ponían a trabajar para producir el pan que se vendería allí mismo y que había que distribuir en las mañanas temprano.

Cada mañana, a las 5:30 horas Alberto era despertado por sus padres para que se levantara. Había que hacer entrega de los pedidos a negocios bien distantes de la casa.

Alberto repartía pan antes de que la gente saliera a trabajar. Era un trabajo infantil que no se llamaba así porque en Machalí el trabajo de los niños no necesitaba nombre, simplemente se hacía. A los 12 años se levantaba sin apenas desayunar, para cargar entre doce y quince kilos de pan, que debía llevar a distintos negocios. El más lejano estaba a ocho cuadras.

En la amasandería aprendió que el trabajo tiene un ritmo propio que no se parece al ritmo de la escuela ni al de la casa, un ritmo de esfuerzo físico continuo donde el cuerpo deja de pensar y simplemente hace. Aprendió que los hombres que trabajan con las manos tienen un lenguaje distinto para hablar del mundo, más directo, menos abstracto, y que ese lenguaje también era una forma de saber.

Aprendió también que el padre alcoholizado y el padre que mandaba a su hijo a repartir pan a las cinco y media de la mañana eran el mismo hombre, y que la coexistencia de esas dos figuras no era una contradicción sino un sistema. El sistema era la pobreza. El sistema era la clase. Y ese sistema, como todos los sistemas, tenía sus propias formas de violencia que no necesitaban puños ni gritos para operar.

El castigo

Transcurrió el año 1968, sin grandes tropiezos. Pero Alberto era un niño que tenía sus propias inquietudes y que por estar trabajando en la amasandería con su padre, no podía cumplir. No recibía un sueldo por su trabajo, aunque eventualmente eran tres pesos de recompensa, que apenas alcanzaba para comprar alguna fruta o golosina. Estaba cansado y no tenía forma de zafar de esa situación que lo mantenía rehén de la economía de la casa.

Un día en la escuela, llegaron a promover una película llamada *El león*, protagonizada por un personaje como Tarzán, que ilusionó a todos los compañeros del curso. Alberto no tenía el dinero suficiente para pagar la entrada. Entonces Alberto simplemente tomó el dinero de la caja de la amasandería y al día siguiente compró el boleto, y asistió con sus compañeros al cine municipal.

Probablemente esa película tenía mucho que ver con las vidas de esos niños que entonces fueron a ver esa película.

Ese mismo día, regresando a casa, contento y proyectado en William Holden, Alberto se encontró con sus padres sentados esperando su llegada. No imaginó que aquello significaría un castigo que lo marcaría toda su vida. Su padre le preguntó por el dinero que faltaba en la caja, y Alberto respondió que lo tomó porque quería ir con sus compañeros a ver la película que les recomendaron en la escuela.

Le recriminaron que eso no debía hacerlo nunca, que debía pedir lo que necesitara. Entonces le enviaron como castigo irse a la cama. Alberto a regañadientes aceptó el castigo comprometiéndose a no repetir el hecho.

Pero Alberto nunca esperó que después de un rato, su padre entrara a la habitación con una correa a golpearlo de tan manera que luego su madre tuvo que entrar a la habitación a detenerlo para que no siguiera. Su padre se había desenfrenado castigando a Alberto de tal forma que llegó a ponerse pálido. Fue un castigo prolongado, no fue una reprimenda, fue mucho más que eso, descontrol, ira, enfado, frustración, odio ¿quién sabe?

Esa ocasión no fue el único episodio de violencia física vivido por Alberto. Hubo otra en que recibió un castigo feroz con un palo de escoba. Alberto no recuerda el motivo, pero eso también le recordó una ocasión, cuando en Buenos Aires, teniendo apenas cuatro años de edad se asustó con los truenos de una tormenta y se puso a llorar. Su padre entonces se enfadó, lo tomó en sus brazos y lo lanzó a dos metros de distancia cayendo encima de una cama. Ese vuelo fue ira y abandono.

Las cicatrices se hacían más duras y visibles. El miedo a su padre fue una sombra que odiaba. Muchas veces con sus hermanas deseaban su muerte. Era un tormento entonces.

El rescate

El negocio de la amasandería, como todo emprendimiento de una economía de subsistencia, sin soporte de ningún tipo, comenzó a fallar. Los ingresos no eran lo suficiente, lo que se gastaba en la casa no era suficiente para cubrir las necesidades de seis chiquillos. A esas alturas en casa se comenzó a sentir escasez. Se venía luego el gobierno de Salvador Allende, pero la precariedad era mayor por ese tiempo, la

situación comenzó a hacerse crítica. Más aún cuando en ese entonces todos los hermanos se contagiaron con la varicela, o la llamada peste cristal. Todos los hijos estaban en cama, mientras Delia hacía milagros para sostener la casa. Entre otras pagar el arriendo de la cabaña. La amasandería ya no funcionaba y comenzó a operar como un taller de reparaciones en el que su padre realizaba arreglos o ejecutaba algún trabajo para los vecinos, pero nada de ello lograba superar la situación crítica.

Su madre no era feliz, había noches en las que lloraba sobre la máquina de coser. Alberto la sentía llorar y le acompañaba en silencio también en quién sabe qué dolor.

Un día del diciembre de 1969 llegó la tía Eugenia. Siempre ella con su vozarrón y alegría de llegar a dar una sorpresa, porque siempre llegaba con cajas que contenían cuadernos, útiles escolares y ropa para sus sobrinos, pero quedó impactada al ver la situación en la que se hallaban ellos y su hermana. Entonces exclamó: —¡Ya, prepárense que nos vamos! Si siguen aquí, la cosa se pondrá peor.

Delia, más que sorprendida, le pidió que esperara a su marido para tomar una decisión juntos. Sin embargo la tía, ya estaba decidida a cambiar la situación radicalmente. El padre de Alberto, cuando llegó después, al enterarse de lo que Eugenia proponía, aceptó la idea porque en esos días él estaba gestionando la posibilidad de hacerse cargo de una fábrica que su familia tenía en Santiago, y que estaba a punto de cerrar, porque no había quién la gestionara.

Ese mismo día llegó a la casa un señor con una camioneta a la cual subieron a todos los enfermos sobre un colchón, pese a la fiebre que tenían.

En el trayecto a Santiago, la fiebre cedió con el frescor del aire que entraba por todos lados a la camioneta, y ya en destino final, el jolgorio de los niños era síntoma de que todo empezaba a cambiar.

La tía Eugenia fue al rescate. Eso fue lo que Alberto entendió años después, cuando tuvo lenguaje para entenderlo. El destino, por esos días fue la casa de su tía. Una casa de ladrillos, ubicada en la calle Artemio Gutiérrez casi esquina de calle Biobio.

La tía vivía con la abuela de Alberto, llamada Justa. Era la abuela preferida de los niños. Era una mujer gorda, entretenida, cariñosa, cómplice de sus nietos. Durante esos días la abuela se esmeró en regalonear a sus nietos que no veía por bastante tiempo.

Pasaron unos días, y finalmente la familia debió mudarse a lo que sería su nueva casa, en la población Clara Estrella, paradero 20 de Avenida Ochagavía.

La Unidad Popular

Alberto había llegado a una escuela pública de la población Santa Olga, en la Cisterna, casi enfrente de su casa, y fue allí donde aprendió a participar en el colectivo de su escuela, que se encargaba de desarrollar trabajos voluntarios en el establecimiento los fines de semana. Se trataba de hacer aseo en las salas, los baños y todo el recinto, limpiar los pupitres, engalanar las salas de clase. Fue el año 1970 un año de aprendizaje y de toma de conciencia social que le marcaría el resto de su vida.

Recuerda años después que en octavo básico, estaba siempre rodeado de compañeras, no así de compañeros. Las razones nunca se supieron, pero lo cierto es que no recuerda tener amigos en esa época.

Su madre comenzó a participar en la junta de Vecinos llegando a ser la presidenta, como asimismo la encargada de la Junta de Abastecimiento y Precios, promovidas por la Unidad Popular, para evitar que la especulación generara desabastecimientos de productos, y garantizar de que al menos no faltaran los sustitutos de los productos que escaseaban.

La casa en la población Clara Estrella se convirtió en un lugar en donde había gente de todos los lugares que llegaban por distintas razones relacionadas con el bienestar de la cuadra en la que estaban ubicados

Terminando el octavo básico, en 1971 Alberto ingresa a la Escuela de Artes y Oficios; una escuela industrial dependiente de la Universidad Técnica del Estado, donde por primera vez encontró compañeros que hablaban de las cosas que él llevaba pensando en silencio desde niño. Fue ahí, antes del colectivo más cercano que formaría después, donde escuchó por primera vez palabras como injusticia, como explotación, sistema social, dichas con la convicción de quien ha decidido que había que actuar.

No fue una conversión repentina. Fue más bien un reconocimiento, la sensación de haber encontrado por fin un lenguaje para algo que ya sentía. La rabia sorda que había acumulado en la casa de Machalí, la pobreza, la necesidad de revolucionarlo todo, era parte de los debates de las clases de primero y segundo medio.

En su cabeza, Alberto sentía que todo empezaba a ordenarse en una explicación que tenía estructura, que tenía causas, que apuntaba hacia algo más grande que la mala suerte o el carácter de un padre en particular.

Empezó a juntarse con un grupo pequeño después de clases. Leían textos fotocopiados que circulaban de mano en mano, discutían con una seriedad que a los adultos les habría parecido excesiva para chiquillos de esa edad, pero que para ellos era, sencillamente, la forma correcta de estar vivos en un país que requería participación consciente.

Es entonces que aprendió a conocer de qué vive un país, del mismo modo en que entendía de qué vive una familia. Logró respuestas a la pregunta de por qué una familia muchas veces no prospera, y es algo similar a saber por qué un país tiene dificultades para sostener a su pueblo.

La oportunidad de conocer lo que ocurría en el país, fue parte del proceso de amistad y cercanía que desarrolló esos dos años con un hijo de empleado bancario, y con un hijo de militar de la fuerza aérea. Esos estudios los llevaron a ser simpatizantes del Frente de Estudiantes Revolucionarios, que era la sección estudiantil del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR.

Fue en ese grupo, aunque todavía faltaban años para que Alberto pudiera nombrarlo, donde empezó a sentir una atracción que podía incluso trascender a la amistad, una intensidad que la política le daba permiso de sentir siempre que se llamara camaradería y nunca, jamás, con su verdadero nombre.

La fábrica de asas y mangos

Después de la amasandería, Alberto continuó trabajando junto a su padre. Esta vez en una fábrica de asas y mangos para herramientas, en la calle Los Andes esquina de Bismarck en Quinta Normal. Era una pequeña planta en la que había una serie de prensas de balancín y otras

herramientas que permitían cortar, encofrar, doblar los tubos metálicos que constituirían asas y mangos de ollas, sartenes, teteras y otros tiestos de un hogar.

Alberto estaba ambientado a trabajos con metales que su padre hacía, y de hecho su interés en la Escuela era estudiar algo relacionado con la metalurgia. Por ello, pese a la distancia que tenía interiormente con su padre, a los 15 o 16 años el lugar donde las máquinas funcionaban con regularidad, le parecía un universo.

Su puesto estaba en la línea de pestañado de las hojalatas, luego el entubado, el doblado, y finalmente la pintura. Aprendió todo el circuito de cómo un mango de sartén llegaba a ser tal partiendo de un simple trozo de hojalata. Las manos terminaban ennegrecidas por el aceite que cubría la hojalata, y sentía ese aroma rancio del fierro y el aceite que se le metía en los poros, y en los pliegues de la ropa no desaparecía simplemente con una lavada de manos. Al final del turno el cansancio lo hacía parecer más viejo, más desgastado, como si la fábrica lo fuera moldeando a su imagen.

Ahí estuvo un tiempo, no mucho, pero suficiente para que algo se instalara en su relación con el trabajo. Alberto no era un obrero por opción ideológica todavía. Era un obrero por necesidad, porque la familia necesitaba otro ingreso y él era el siguiente en la fila. Pero la fábrica le dio algo que la casa y el barrio no le habían dado: la experiencia concreta de ser una pieza dentro de un sistema mayor, de que su esfuerzo se transformaba en un producto que alguien más vendería con ganancia y que él nunca vería.

No tenía vocabulario marxista todavía para nombrar eso. Pero lo sentía. Sentía que había una relación entre lo que sus manos hacían y lo que recibía a fin de mes que no era justa, pese a que la paga venía de una empresa dirigida por su padre, y que esa injusticia no era un accidente ni una mala racha sino la forma en que las cosas estaban organizadas.

Los compañeros de fábrica eran hombres mayores que él. Hablaban de sus vidas con una franqueza que Alberto no conocía en otros ámbitos. Hablaban de sus mujeres, de sus problemas, de la bebida, del cansancio que se acumulaba en los huesos y que no se iba con el sueño. No hablaban de política, y eran muy pocos trabajadores para constituirse en un sindicato, tampoco tenían la decisión de hacerlo.

Alberto escuchaba. Y aguardaba. Y años después, cuando entró a la universidad y leyó a Marx por primera vez, reconoció en esos textos lo que había sentido en la fábrica de asas y mangos, y supo que la teoría no era teoría sino la traducción a palabras de algo que su cuerpo ya sabía.

El golpe

Alberto tenía todavía quince años cuando ocurrió el golpe de Estado, y la dictadura entró por la misma puerta por donde entraba todo en la casa de la Cisterna: la televisión y la radio apagada de los adultos y los pasos que cambiaban de ritmo en la calle.

El 11 de septiembre de 1973 Alberto se hallaba en la Escuela. Ese día martes el profesor a las 10 horas señaló que la Escuela debe ser desalojada, que los jóvenes deben irse a sus casas, porque está ocurriendo en ese momento un golpe de estado por los militares.

Alberto salió de la escuela con uno de sus compañeros, que debía tomar la misma micro que a él lo llevaría a La Cisterna. Sin embargo en Alameda no había micros, las calles estaban vaciándose, los vehículos que pasaban lo hacían abarrotados de gente.

Alberto se detuvo en una esquina de Alameda con Bernal del Mercado y logró que un camión lo llevara por Ochagavía hacia el sur. Llegó al paradero 20, se bajó y siguió caminando hacia su casa.

El ruido de los aviones, la voz quebrada en la radio, el silencio distinto de esos días, un silencio de metrallas, silencio de helicópteros cuyos golpes de pala eran una sombra que apagaba los otros sonidos y que se sentía en cada casa de la cuadra al mismo tiempo. A la casa habían llegado compañeras y compañeros socialistas y comunistas con banderas y panfletos que había que destruir. Alberto y su madre, al igual que otras señoras en la población, encendieron una fogata en el patio para calentar un tambor de agua para lavar ropa, y esa era la manera ese día de quemar materiales comprometedores que pudieran afectar a las personas del vecindario.

Con los años entendería que ese silencio colectivo impuesto con la fuerza de los cañones y el silencio de su propia casa no eran fenómenos separados, sino la misma cosa operando en escalas distintas. El miedo que había aprendido a leer en los pasos de su padre era el mismo miedo,

con otro nombre y otro tamaño, que empezaba a organizar la vida entera del país.

Un vecino, semanas después, llegó diciendo que en Avenida la Feria, cerca del cementerio habían hallado a Víctor Jara asesinado. Alberto supo entonces que la violencia no solo dejaría marcas en el alma y el cuerpo de las personas, sino en el alma y el cuerpo de toda una generación de un pueblo.

Ese fue su primer encuentro con la dictadura, no como algo que ocurría en la televisión, ni en discursos lejanos, sino en la cuadra de la población, y en la ausencia repentina de sus vecinos.

El tropezón

El padre de Alberto, logró capitalizar parte de las ganancias de la fábrica y compró una propiedad, consistente en un sitio de más o menos 1000 metros cuadrados que tenía una casa antigua, de adobes ya medio en ruinas.

Tenía un patio grande donde antes había habido un huerto y donde ahora solo crecía la maleza. La casa estaba semiderruida, pero era grande, y grande era lo que la familia necesitaba porque eran muchos y porque necesitaban poner distancia entre sí y el padre.

La familia se instaló allí en la calle Ladrilleros, en la comuna de Quinta Normal. El padre de Alberto instaló un taller en una de las dependencias en el cual se dedicaba a trabajar en encargos que le hacían algunos vecinos y empresas.

En ese lugar las cosas empeoraron antes de mejorar. Las discusiones entre Alberto y su padre eran frecuentes en defensa de sus hermanas. Alberto escuchaba desde su cuarto las voces que subían de tono, los golpes en las paredes, los llantos que alguien intentaba sofocar con almohadas. Terminaba interponiéndose, sacando fuerzas sin saber de dónde porque en ese arrojo no contaba con el permiso de su propio miedo.

En plena dictadura se había impuesto el toque de queda, y en esos primeros años del régimen reinaba el estado de sitio, las balaceras, las rondas militares por las noches. Entonces sus hermanas y sus compañeros de colegio, por lo general inconscientes de lo que ocurría

hubo ocasiones en las que organizaban fiestas de toque a toque, y era Alberto quien debía ir a dejarlas y luego ir por ellas cuando la fiesta acababa.

Las discusiones con el padre se daban antes de estos momentos, y especialmente cuando las chicas debían salir y se preparaban con tenidas atractivas y se maquillaban. En esas circunstancias las groserías e insultos de su padre eran algo más que ofensivos, y se transformaban en violencia verbal y psicológica.

Pero la casa de Ladrilleros fue también un lugar en donde la familia instaló un criadero de conejos, en el cual Alberto se encargaba del aseo y la alimentación de los animales, asimismo como del sacrificio de ellos cuando llegaba gente a comprarlos. Allí aprendió que los animales también sentían el peligro, especialmente cuando les llegaba la hora de la muerte. A veces, él mismo sentía que era un conejo.

La militancia

Después del golpe, el país cambió de una manera que Alberto todavía tardaría años en entender del todo, pero que sintió de inmediato en el cuerpo porque el silencio se volvió obligatorio, y disentir se volvió un acto que había que hacer en voz baja o no hacer.

Terminó la Escuela de Artes y Oficios sabiendo que quería seguir estudiando, pero la universidad, bajo la dictadura, ya no era el mismo lugar. Las carreras se habían llenado de vigilancia, de delatores, de profesores destituidos por sus ideas y reemplazados por otros que enseñaban con miedo a que alguien escuchara algo de más.

A los veintiún años, en 1978, Alberto tomó una decisión que cambiaría el resto de su vida, pues quería integrarse a las filas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, la misma organización de la que había sido simpatizante en la escuela, pero ahora bajo otras reglas, las reglas de la clandestinidad real, no las del entusiasmo adolescente.

Pero en ese tiempo no era posible hacerlo, pues el MIR estaba muy diezmado e iniciaba un proceso de reconstrucción.

Entró a la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile en 1977 y solo estuvo allí un semestre. Fue un semestre duro, tortuoso, porque no

estaba allí con sus compañeros de la Escuela de Artes y Oficios que continuaron estudiando en la Universidad Técnica del Estado.

Decidió, ese semestre, abandonar la Universidad de Chile y postular de nuevo para ingresar a la Universidad Técnica del Estado.

En 1978, logra matricularse en la Facultad de Ingeniería y comienza sus estudios en Ingeniería Metalúrgica, encontrándose entonces con sus ex compañeros simpatizantes del FER, y luego logra tomar contacto con camaradas del MIR.

Su militancia comenzó, ahora desde adentro de una universidad vigilada, sabiendo que cada reunión, cada panfleto, cada conversación en los pasillos de la Universidad podía costarle la suspensión o expulsión, cuando no una visita inesperada de la CNI en su casa. Fue en esos años, entre las clases y las reuniones clandestinas, donde se fue forjando el Alberto que en 1981 estaría dispuesto a ingresar y permanecer en ayuno por varios días en la Catedral Metropolitana.

En 1980 se articula la Unión Nacional de Estudiantes Democráticos (UNED), impulsada por el MIR a lo largo del país. El plan de los estudiantes era reabrir los espacios democráticos tradicionales de los estudiantes en sus centros de alumnos, pues todas las universidades estaban entonces intervenidas por la dictadura militar, y en la Universidad Técnica en particular, por soldados del Ejército en un comienzo, y luego por guardias de seguridad vinculados a los organismos de seguridad del régimen.

Ser dirigente estudiantil en esa época era ser objetivo de la represión. No era fácil. Allí conoce a Jecar Neghme y su familia, además de otros compañeros y compañeras que a lo largo del país comenzaban también a movilizarse.

Ese mismo año se promulgó la ley general de Universidades, que privatizó y dividió a gran parte de las universidades públicas, entre ellas la Universidad Técnica del Estado, a la cual se le cambió el nombre y se le desmembraron todas las sedes provinciales. Pasó a ser la Universidad de Santiago en la capital y otras sedes tomaron el nombre de la provincia, región o ciudad.

Lo mismo ocurrió con la Universidad de Chile. Pero no con la Universidad Católica, que dependía del Arzobispado de la iglesia,

quizás porque el Vaticano entonces tenía suficiente influencia en el seno de las oligarquías entonces en Chile.

El clima en las universidades se hacía cada día más espeso. En la UNED se tomó el acuerdo de iniciar una dinámica de propaganda callejera, que implicaba desplegar lienzos y panfletos contra la Ley que ponía término a las universidades públicas nacionales, y del mismo modo se tomó el acuerdo con otras organizaciones estudiantiles de izquierda de preparar la toma de la catedral de Santiago.

Durante esos meses aprendió a memorizar direcciones sin anotarlas y luego olvidarlas; a reconocer si había seguimientos, a utilizar nombres falsos y a olvidar los nombres reales que jamás se debían pronunciar en la calle. Alberto aprendió, sobre todo, una nueva forma de habitar el miedo, distinta a la que había aprendido en su casa con su padre, pero apoyada en la misma habilidad de anticipar el peligro antes de que llegara.

La militancia en el MIR y su rol como dirigente estudiantil le dio un propósito compartido, una comunidad dispuesta a arriesgarlo todo por la misma causa. Y en esa comunidad, aunque todavía no tenía nombre para lo que sentía, Alberto empezó a notar una intensidad particular en la cercanía con algunos compañeros, una lealtad que a veces se sentía como algo más, algo que la clandestinidad, con su exigencia de discreción absoluta, le permitía no examinar demasiado.

El ayuno en la Catedral

En los primeros días de mayo de 1981, fue noticia mundial la muerte del combatiente del Ejército Revolucionario de Irlanda (IRA), luego de estar 66 días en huelga de hambre en la prisión de Maze, conocida como Long Kesh, en Irlanda del Norte. Dicha huelga reclamaba fundamentalmente que los prisioneros republicanos irlandeses fueran reconocidos como presos políticos y no como delincuentes comunes. Margaret Thatcher, la primera ministra del Reino Unido se caracterizó por su dureza e inflexibilidad y decidió ignorar esa protesta, llevando a Bobby Sands a una agonía que en el mundo se registraba día a día con la morbosidad de querer saber cuánto tiempo ese combatiente resistiría su ayuno.

El 5 de mayo fallece Bobby Sands, y los estudiantes en Chile, impactados por la atrocidad de aquello, y conscientes de la tarea que tenían en su país, ingresaron semanas después a la Catedral Metropolitana de Chile para declararse en un ayuno indefinido.

El día 26 de mayo de 1981 se inicia una huelga de hambre de los estudiantes universitarios en la Catedral Metropolitana de Santiago. Eran diez estudiantes, entre los cuales estaban Jecar Neghme, Patricia Torres, Alejandro Correa, Vicente Atencio, Alamiro Fernández, María Eugenia Ahumada, Cristian Aguilera, Carlos Sánchez, entre otros. A finales de mayo de 1981, ya en la universidad, Alberto fue uno de los diez estudiantes que decidieron estar ahí. La decisión se tomó en una reunión nocturna, entre estudiantes de distintos grupos políticos, unidos por la convicción de que había que hacer visible, de alguna forma, lo que el país entero sabía y nadie decía en voz alta.

Una vez dentro del edificio, algunos estudiantes se subieron al techo de la catedral para deslizar un lienzo que decía: "CON EL EJEMPLO DE BOBBY SANDS, LOS ESTUDIANTES DEFENDEMOS NUESTROS DERECHOS"

Fue una bomba noticiosa, porque con ello la memoria de la prensa internacional puso el foco en la movilización de los estudiantes, y comenzaron a llegar decenas de medios de comunicación extranjeros, atentos a lo que fuera a ocurrir en la Catedral, porque se suponía que el hecho iba a ser reprimido por las autoridades del régimen militar.

Los primeros días fueron casi solemnes. Se instalaron en un rincón del templo con mantas y pancartas discretas, y la gente que entraba a rezar los miraba con una mezcla de curiosidad y respeto que a Alberto, tan joven todavía, le pareció casi un triunfo. Afuera, las familias de los ayunantes montaban guardia, turnándose para que siempre hubiera alguien cuidando, alguien vigilando que la prensa internacional supiera, que el mundo supiera.

La huelga de hambre transcurrió durante nueve días. Familiares y amigos habían llegado a las dependencias de la Catedral a acompañar a los estudiantes, haciendo vigilia y cuidados en la salud de los jóvenes. Con los días, el hambre dejó de ser una decisión y se convirtió en un estado del cuerpo. Alberto descubrió que el hambre real, sostenida, no se parecía en nada a lo que había imaginado. No era un dolor agudo

sino un vaciamiento progresivo, una lentitud que se instalaba primero en las piernas y después en los pensamientos mismos, como si el cerebro también necesitara alimento para sostener las ideas con la misma firmeza de siempre.

Y sin embargo, en medio de ese vaciamiento, Alberto sentía algo que no había sentido antes con esa intensidad, pues su cuerpo, que en la casa de Machalí, La Cisterna y luego en Quinta Normal había aprendido a ser sigiloso, a ocupar el menor espacio posible, a existir sin llamar la atención, estaba ahora ahí, expuesto, en el centro de la Catedral, siendo exactamente lo que era, un cuerpo que decía NO con su propia debilidad, un cuerpo que se negaba a callar aunque no pronunciara palabra.

La madrugada del desalojo llegó sin aviso. La Policía entró al templo con una violencia que contrastaba brutalmente con el silencio sagrado del lugar, y a Alberto y sus compañeros los sacaron a rastras, debilitados por el ayuno, incapaces de resistir siquiera de la forma simbólica en que había resistido durante días. Pero el hecho no podía durar demasiado, y el día 4 de junio a las 2:00 am. con la ausencia de la prensa, irrumpió un destacamento de la policía de investigaciones al interior de la Catedral, rompiendo candados y cadenas de seguridad que habían puesto los estudiantes, y les arrastraron violentamente hacia la salida trasera de la Catedral, la calle Bandera, para subirlos a un furgón en el cual fueron trasladados hasta el Cuartel General de la Policía. En esa acción fueron también detenidos varios familiares de los estudiantes, entre los cuales estaban el cuñado y la hermana de Alberto, María.

La suspensión

Semanas después de ese hecho, Alberto recibió una carta de la universidad con el membrete oficial y un lenguaje burocrático que contrastaba con la violencia de lo que anunciaba que había sido suspendido de sus estudios por el semestre, por el desprestigio que causó su actuación a la institución, y una cláusula adicional le prohibía el ingreso a las dependencias de la universidad.

Alberto leyó la carta dos veces, sentado en la cocina de la casa de Quinta Normal, con su madre mirándolo desde la puerta sin saber qué decir. Había estado estudiando tres años en Ingeniería Metalúrgica de la

Universidad de Santiago, un logro que representaba, para una familia como la suya, algo parecido a un ascenso, una prueba de que el esfuerzo servía para algo. La suspensión significaba que había llegado el momento de hacerse responsable de sus propios actos, y en consecuencia era evidente que debía salir de la casa, para evitar que su familia tuviera que enfrentar directamente los golpes que probablemente en el futuro sobrevendrían, En CODEPU, en el intertanto, Alberto comenzó a cumplir funciones más concretas en el Consejo en representación de la UNED, lo que lo mantenía bastante ocupado y le permitía alejarse por algunos días de su casa, y volvía luego a quedarse el resto de la semana, de manera que esas salidas eran más frecuentes y más prolongadas, hasta que llegó el momento en que Alberto ya no vivía con sus padres.

Alberto se fue de Quinta Normal con lo poco que tenía, dejando atrás la casa de Ladrilleros y los silencios torcidos, sin saber todavía que estaba cambiando un peligro conocido por otro que apenas empezaba a asomar, uno que en menos de un año lo llevaría a una celda pintada de amarillo intenso, y que terminaría de enseñarle, de la forma más brutal posible, que el miedo que había aprendido a leer de niño no había sido una anomalía de su casa sino el idioma entero del país en que le había tocado crecer.

La mañana del 26 de agosto

La mañana del 26 de agosto de 1982 empezó como cualquier otra mañana de un día que no era cualquier otro. Alberto se levantó en la casa de Jécar en El Salto, donde vivía desde que se había alejado de su familia para no ponerlos en riesgo. Tomó desayuno. Se vistió. Salió a la calle con la ruta que ya conocía de memoria, desde El Salto hasta la sede de CODEPU en Grajales 1990, en la comuna de San Miguel.

Era un día de agosto. Frío. El tipo de frío de Santiago que no te congela de golpe sino que se te mete en los huesos despacio, como algo que te quiere quedarse adentro. Alberto caminaba con las manos en los bolsillos, pensando en las cosas que tenía que hacer ese día, en las reuniones pendientes, en el trabajo del organismo que lo mantenía vivo y que al mismo tiempo lo ponía en la mira de quien sabía qué.

Cuando se acercó a la esquina de José Miguel Carrera con Grajales, algo no cuadró. Alberto no podía ver la puerta de la sede desde la

esquina, pero podía ver la escalera que subía al segundo piso. Y lo que vio fue agua. Agua corriendo por la escalera hacia la calle, como si alguien hubiera abierto una manguera adentro y la hubiera dejado tirada. Pero no era una manguera. El olor, el humo que aún salía por las ventanas, la ausencia total de gente en un lugar que normalmente tenía movimiento, todo eso le dijo lo que sus ojos no querían aceptar, pues la sede había sido incendiada.

Alberto no se detuvo. No subió. No gritó. No preguntó. Hizo lo que el instinto de supervivencia le dictaba, seguir caminando como si no hubiera visto nada. Porque detenerse en ese lugar, en esa esquina, con una sede recién incendiada, era exponerse a algo que no podía calcular. Podía haber agentes esperando. Podía haber vecinos delatando. Podía haber cualquier cosa. Y Alberto ya había aprendido que en la dictadura, la paranoia no era una enfermedad sino una forma de estar vivo.

En el camino, a mitad de cuadra aproximadamente, se cruzó con Juana Méndez, la secretaria de CODEPU. Iba caminando en dirección a la sede, con su paso de siempre, sin saber lo que la esperaba. Alberto le dijo que aparentemente la sede había sido incendiada. Juana lo miró. No dijo mucho. Y siguió caminando hacia Grajales. Alberto siguió caminando hacia Blanco Encalada. Los dos se alejaron en direcciones opuestas, sin saber que ninguno de los dos volvería a ser el mismo después de ese día.

Alberto no volvió la cabeza. No miró atrás. Esa era otra de las reglas que había aprendido, que era nunca mirar atrás. Mirar atrás es admitir miedo, y el miedo se nota, y lo que se nota se usa en tu contra. Así que siguió caminando con el agua de la sede quemada corriendo por su memoria como un río que no podía detener, y dejó atrás la esquina de Grajales sin saber que la estaba dejando atrás por última vez.

La facultad

Llegó a la facultad de ingeniería de la Universidad de Chile, en Beaucheff esquina Blanco Encalada, con el cuerpo en un lugar y la cabeza en otro. El cuerpo estaba sentado en una silla, rodeado de compañeros, participando de una conversación que no podía seguir. La cabeza estaba en Grajales 1990, mirando el agua correr por la escalera,

preguntándose quién había estado ahí esa mañana, si Juana habría llegado, si habría subido, si estaría bien.

Esa era la tortura particular de la clandestinidad: no saber. No saber si la gente que querías estaba viva o muerta, detenida o libre, en su casa o en un centro de tortura. La incertidumbre era más efectiva que cualquier golpe porque no tenía límite temporal. Un golpe termina. La incertidumbre no termina nunca. Te sigue a donde vayas, te acompaña en cada silencio, se mete en cada conversación como un ruido de fondo que no puedes apagar.

Alberto llamó por teléfono a la casa de Jécar. Alguien contestó. Le pasó el mensaje. Y Alberto esperó. Esperó con el teléfono en la mano, mirando la pared, escuchando el ruido de la facultad a su alrededor como si viniera de otro planeta. Los estudiantes pasaban, hablaban, reían, llevaban libros bajo el brazo, y Alberto estaba ahí, paralizado, esperando que su hermano le dijera qué hacer.

Al cabo de un rato, Jécar llegó. Entró a la facultad con esa forma de moverse que tenía, rápida pero contenida, como alguien que está acostumbrado a entrar y salir de lugares sin que nadie lo note. Se miraron. No hicieron preguntas que no tuvieran respuesta. Y empezaron a hablar.

Suponían que Juana Méndez se habría ido a su casa después de ver lo de la sede. Pero no tenían certeza. Intentaron llamar a Fabiola Letelier, la presidenta de CODEPU. Nadie contestó. Intentaron llamar a Blanca Rengifo, la religiosa que era la Secretaria Administrativa. Tampoco contestaron. Cada llamada que no era respondida era un ladrillo más en la pared de la ansiedad. Cada silencio al otro lado de la línea era una posible confirmación de lo peor.

Alberto y Jécar se miraron. No dijeron "algo malo pasó" porque no hacía falta. Lo sabían ambos. Cuando la sede de un organismo de derechos humanos es incendiada y sus dirigentes no contestan el teléfono, algo malo pasó. La pregunta no era si. Era qué tan malo.

La decisión

Fue Jécar quien lo dijo primero. O fue Alberto. Años después, ninguno de los dos recordaría quién lo propuso. Pero la decisión fue esa, pues en su calidad de consejeros de CODEPU, tenían que ir a la sede y

averiguar qué estaba ocurriendo. No podían quedarse sentados en una facultad haciendo llamadas que nadie contestaba mientras sus compañeros podían estar en peligro.

Jorge Pizarro, dirigente de los estudiantes de Ingeniería, se ofreció a acompañarlos. No porque tuviera responsabilidad en CODEPU sino porque era compañero, y en esos años ser compañero significaba algo que no necesita explicación. Significaba que si algo te pasaba, alguien iba a saberlo. Significaba que no estabas solo. Significaba que la Solidaridad no era una palabra que se usaba en los discursos sino una práctica que se ejecutaba con los pies, caminando hacia el lugar donde tus compañeros podían necesitarte.

Los tres salieron de la facultad. Caminaron por Blanco Encalada. Tomaron la dirección sur. El trayecto no era largo pero se sintió interminable. Alberto recordaría después que durante esa caminata no pensó en nada concreto. Su mente estaba en blanco, como si el cuerpo ya supiera lo que venía y hubiera decidido ahorrar energía no pensando. El único pensamiento que cruzaba su cabeza era uno que no tenía forma de palabras, algo como si vamos ahí y hay alguien esperando, qué hacemos. Y la respuesta que su cuerpo daba sin que él la pidiera era que no había respuesta. Vas igual.

Porque esa era la lógica de la militancia en esos años. No ibas a un lugar peligroso porque supieras qué hacer si pasaba algo malo. Ibas porque no ir era peor que ir. Ibas porque si tus compañeros estaban en problemas y tú no ibas, entonces no eras compañero. Ibas porque la cobardía tenía un costo que era más alto que el riesgo. No era valentía. Era falta de alternativas.

Llegaron a la esquina de Grajales con José Miguel Carrera. Y ahí la vieron, pues la sede estaba con marcas de incendio, la puerta abierta, el olor a humo que todavía no se había disipado del todo. No se atrevieron a subir. No sabían si había alguien arriba. No sabían si los que habían incendiado la sede todavía estaban ahí, esperando, como una araña en el centro de su tela.

Se quedaron en la puerta. Mirando hacia arriba. Esperando ver algo, escuchar algo, que alguien les dijera algo. Y entonces vieron a un sujeto bajando por la escalera.

La encerrona

El sujeto que bajaba por la escalera no era nadie que Alberto conociera. Y sin embargo algo en su forma de moverse, en la forma en que bajaba esos escalones como quien baja escalones que ha bajado muchas veces, le disparó una alarma que no podía nombrar. El cuerpo lo supo antes que la mente. El cuerpo dijo "peligro" un segundo antes de que la mente pudiera articular por qué.

Alberto miró hacia los lados. Y ahí estaba la respuesta a la alarma. Sujetos aparecieron por todos lados. Ocho. Diez. Tal vez más. No había tiempo de contar. Salían de las sombras como si la sombra misma se hubiera convertido en gente. Estaban en la acera de enfrente. Estaban detrás de ellos. Estaban en la puerta del local vecino. Estaban donde quiera que Alberto mirara.

La encerrona fue perfecta. No porque fuera sofisticada sino porque era simple. Habían incendiado la sede, habían dejado la puerta abierta, habían dejado el agua corriendo como una señal, como un señuelo, como la carcasa de un animal muerto que atrae a los que vienen a verificar qué pasó. Y los que vinieron a verificar eran exactamente los que ellos querían atrapar.

Alberto intentó resistir. Lo intentó de verdad. Pero cuando tienes a ocho o diez hombres sobre ti, la resistencia es un gesto más que una estrategia. Es la forma en que el cuerpo dice "no me entrego" aunque la entrega sea inevitable. Es la última expresión de dignidad cuando ya no quedan expresiones posibles.

Alguien gritó una orden que Alberto no escuchó porque la sangre le bombeaba en los oídos con una fuerza que ahogaba todo lo demás. Sintió que le tomaban los brazos, le giraban la espalda, le amarraban las manos detrás de la espalda con una fuerza que le cortaba la circulación. Y después sintió la cinta scotch. No en la boca. En los ojos. Capas y capas de cinta scotch que le cubrieron la vista hasta que no quedó ni una rendija por donde pudiera saber por dónde los llevarían.

La ceguera fue absoluta. Y en esa condición, Alberto dejó de ser una persona para convertirse en un cuerpo. Un cuerpo que era arrastrado, empujado, golpeado si es que se resistía demasiado. Un cuerpo que ya

no sabía dónde estaba ni hacia dónde iba. Un cuerpo que pertenecía a otros.

Sintió que lo subían a un vehículo. Un furgón. Suzuki, creyó recordar después, aunque no estaba seguro. El olor del metal, el sonido del portalón que se abría, la sensación de pisar un piso que se movía cuando el vehículo arrancó. Y después las vueltas. Muchas vueltas. A la derecha, a la izquierda, otra vez a la derecha. La técnica clásica para desorientar al detenido, para que no pudiera reconstruir el recorrido, para que no supiera dónde estaba.

Alberto contaba las vueltas. No porque pudiera hacer algo con esa información sino porque contar era lo único que podía hacer. Era la única forma de mantener la mente activa mientras el cuerpo estaba completamente a merced de otros.

Las vueltas terminaron. El furgón se detuvo. Lo bajaron. Lo empujaron. Y Alberto, con los ojos vendados y las manos atadas, dio un paso que no sabía hacia dónde daba, y entró en el lugar que cambiaría su vida para siempre.

El lugar desconocido

Lo primero que sintió fue el ruido de otros. No era un ruido específico. Era un murmullo, un movimiento de gente que estaba ahí, que respiraba, que se movía, que existía en el mismo espacio que él. No podía verlos porque la cinta scotch le cubría los ojos, pero podía sentirlos de la forma en que se siente la presencia de otros cuerpos en la oscuridad, como una vibración, como una alteración del aire, como algo que no se puede explicar pero que no se puede ignorar.

Lo hicieron pasar a una sala. Lo pararon en medio. Y ahí empezaron las voces. Voces que daban órdenes. Voces que preguntaban cosas. Voces que venían de distintos lados, como si estuviera en el centro de un círculo de personas que hablaban sin que él pudiera ver a ninguna.

Y entonces, entre esas voces, reconoció una. La hermana Blanca Rengifo. La religiosa que era la Secretaria Administrativa de CODEPU. No podía verla pero podía escuchar su voz, y esa voz era como un ancla en medio de la tormenta, pues si Blanca estaba ahí, entonces no estaba solo, entonces CODEPU estaba ahí, entonces lo que estaba pasando era parte de algo más grande que él mismo.

Lo hicieron desnudarse. Le ordenaron que se quitara toda la ropa. Y Alberto lo hizo. No porque quisiera sino porque en esa situación, con los ojos vendados y las manos atadas y las voces dándole órdenes, el cuerpo obedece. No es cobardía. Es supervivencia. El cuerpo calcula que si obedece, quizás los golpes serán menores. Si resiste, serán peores. Y en ese cálculo primitivo, la dignidad no entra como variable.

Después de un rato, le pasaron un mameluco y unas alpargatas. Se vistió. Y entonces le quitaron la cinta de los ojos. La luz lo golpeó como un puño. Tuvo que parpadear varias veces antes de que su visión se ajustara. Y cuando se ajustó, vio una mesa. Y al otro lado de la mesa, un sujeto que lo miraba con la expresión de quien está revisando una pieza de maquinaria que acaba de llegar.

El interrogatorio

El sujeto empezó a hacer preguntas. Personal primero. Dónde vivía. Qué edad tenía. Su nombre completo. Alberto respondió con la voz más neutral que pudo, como si estuviera dando datos para un formulario, como si lo que estuviera pasando no estuviera pasando. El nombre completo. La edad. La dirección, pero no la dirección de Jécar, solo la que iba a dar al final, la de la tía, la que no comprometía a nadie.

Después las preguntas se volvieron políticas. La razón de llegar a ese lugar. Su militancia. La relación que él tenía con Jécar Neghme. La relación con Jorge Pizarro. La relación con Blanca Rengifo. Cada nombre que el sujeto mencionaba era una prueba. Cada nombre era una trampa. Cada nombre era la posibilidad de delatar a alguien y la necesidad de no hacerlo, todo al mismo tiempo, en la misma fracción de segundo en que el cerebro tenía que producir una respuesta.

Alberto dio respuestas breves. Eludió todo lo que pudiera comprometer la integridad de las personas. Dijo que era dirigente estudiantil. Dijo que había ido a la sede en esa calidad. Dijo que Jécar y Jorge también eran consejeros. Dijo que iban a reunirse con Blanca Rengifo. Nada más. Nada que pudiera usarse contra ellos. Nada que revelara estructuras, nombres, lugares, contactos. En esas circunstancias, eso era imprevisible. No sabía si lo que decía era suficiente para protegerlos o si cualquier cosa que dijera podía ser usada en su contra.

El interrogatorio terminó. O se pausó. Alberto no pudo saber la diferencia. Lo que vino después fue algo que no esperaba, pues apareció un tipo delgado, de tez muy pálida, casi cadavérica, lo ubicó delante de un telón blanco. Le pidió que se pusiera de frente. Después de perfil. Y lo fotografió. Click. Click. Dos fotos. Una de frente, una de perfil. Como si fuera un criminal. Como si fuera un objeto que necesitaba ser registrado antes de ser procesado.

Alberto miró al fotógrafo. Ese rostro pálido, esa piel que parecía no haber visto el sol en años, esos ojos que lo miraban sin mirarlo realmente, como se mira a una cosa. Ese rostro se quedó grabado en su memoria con una claridad que no tenía nada que ver con la voluntad. Se quedó grabado porque el miedo graba lo que no quiere recordar. Porque el cuerpo guarda las imágenes del terror como un archivo que no se puede borrar.

La celda amarilla

Lo llevaron a una celda cuyo interior era de color amarillo intenso. Un amarillo que no era alegre ni cálido sino enfermizo, como el color de una fiebre, como el color de algo que se está pudriendo lentamente sin que nadie lo vea. No había nada más. Una especie de cama de cemento que salía de la pared. Una lámpara en el techo. Una mirilla en la puerta. Y el cerrojo que se corría desde afuera con un sonido metálico seco y definitivo, como la firma de una sentencia.

Le pusieron una venda en los ojos. No la cinta scotch de antes sino una venda de tela, más suave pero igual de efectiva. Y le dijeron algo que no necesitaba que le dijeran porque ya lo sabía, que no se la quitara por ningún motivo.

Allí pasó un tiempo que no pudo medir. En la celda amarilla, el tiempo dejaba de funcionar como funcionaba afuera. No había reloj. No había ventana. No había referencia alguna que le permitiera saber si habían pasado minutos u horas. Solo había el amarillo detrás de la venda y el olor.

El olor fue lo primero que notó después del amarillo, entre la incertidumbre, sus pensamientos y el miedo. Un olor fuerte que no podía identificar. No era humo. No era comida. No era basura. Era algo

químico, artificial, como un medicamento o un sedante evaporándose en el aire cerrado de la celda.

En esas circunstancias, con la mente en torbellino, el cansancio empezó a hacer su efecto, y le pesaba los párpados, le nublaba el pensamiento, lo empujaba hacia un sueño que el cuerpo demandaba para apagarlo.

De momentos sentía que se dormía. Pero se despertaba abruptamente por el sonido del cerrojo. El cerrojo se abría, el metal chirriaba, y una voz le decía que no se quitara la venda. Y Alberto se despertaba con el corazón latiendo a mil por hora, sin saber si había dormido un segundo o una hora, sin saber si la voz que había escuchado era real o parte de un sueño.

En una de esas ocasiones, alguien entró a la celda. Dejó algo sobre la cama. Le dijo que se quitara la venda y comiera. Salió y cerró la puerta y el cerrojo. Alberto se quitó la venda y vio un plato con un vaso de lo que supuestamente era jugo de naranja de esos que se hacen con polvo saborizante y medio pan de marraqueta con margarina. Estaba tan aterrorizado que no confiaba en nada. No sabía si la comida estaba drogada. No sabía si comer era parte de la tortura. No sabía nada. Así que no comió. No bebió. Se quedó sentado en la cama de cemento mirando el plato como si fuera una trampa más.

No supo cuánto rato pasó. Sintió el cerrojo. La orden de ponerse la venda. Y lo sacaron de la celda.

Lo llevaron a una sala donde sentía que había varias personas. No podía verlas pero podía percibirlas por los movimientos del aire, por los pasos, por la forma en que la acústica del lugar cambiaba cuando había más gente. Y por debajo de la venda, en ese espacio minúsculo entre la tela y su piel, vio algo que se le clavó en la memoria, los pies de una mujer. Zapatos de medio taco. Color rojo.

Le dijeron que se quitara la ropa. Lo hizo. Y entonces empezaron los golpes. Bofetadas en el rostro. Patadas. No le preguntaban nada. Solo golpeaban. Lo dejaron desnudo en medio de la sala, sin saber cuánto tiempo, sin saber si iba a seguir, sin saber qué venía después.

Y entonces pasó lo que Alberto no podía nombrar entonces pero que nombraría décadas después en un formulario de demanda: en tres ocasiones, pasaron un objeto por su trasero. Entre sus nalgas. Algo que

parecía una regla u otro objeto que no podía identificar porque la venda no le permitía ver. Lo pasaban una y otra vez, como quien pasa un cuchillo por un pan antes de cortarlo, como quien prueba la textura de algo antes de usarlo. Alberto sentía ese objeto y pensaba que querían introducirlo en el ano. Su cuerpo se tensaba. Sus músculos se contraían. Esperaba el dolor, la penetración, la violación. Pero no llegó a eso. El objeto se retiraba. Volvía a pasar. Se retiraba otra vez. Como un ensayo. Como una amenaza que no se cumple pero que no necesita cumplirse para ser efectiva.

Las mujeres reían. Alberto las oía. No sabía cuántas eran. No sabía quiénes eran. Pero oía sus risas mientras él estaba ahí, desnudo, temblando de frío y de miedo, con un objeto pasando por entre sus nalgas y las mujeres riéndose de eso. Y en ese momento, algo se quebró dentro de Alberto que no tenía nada que ver con la política y todo que ver con el cuerpo. Porque lo que le estaban haciendo no era solo tortura física. Era tortura sexual. Era usar su cuerpo contra él. Era tomar lo que él más temía saber, su deseo, su homosexualidad reprimida, y que ellos lo usaran como arma.

Los golpes siguieron en el rostro y las nalgas. Principalmente bofetadas. Nunca le preguntaron nada durante eso. Parecía que era una entretención, porque no tenía mayor sentido sus risas y sus garabatos, salvo los de intimidar a una organización que se había atrevido a levantar la voz por aquellos que estaban siendo víctimas de atropellos a sus derechos, a su vida y a su libertad. Alberto y los otros detenidos estaban recibiendo el mismo tratamiento que se daba a las víctimas que CODEPU defendía.

El cuerpo desnudo. Las mujeres riendo. El frío. El objeto entre las nalgas. Los gritos de otro hombre en otra habitación, gritos que Alberto no podía identificar pero que le decían que lo que le estaba pasando a él no era único, que había otros en ese lugar pasando por lo mismo o por algo peor.

Después lo devolvieron a la celda amarilla. Y Alberto se acurrucó en un rincón de la cama de cemento, intentando dormir, intentando apagarse, intentando dejar de sentir. Pero el repertorio era siempre el mismo, el cerrojo se abría, el metal chirriaba, y él se sobresaltaba pensando que lo llevaban a otra sala de tortura. Pero no. No lo llevaban. Lo dejaban ahí.

Con el olor químico. Con el amarillo detrás de la venda. Con el silencio roto solo por sus propios latidos.

En una segunda ocasión le llevaron comida otra vez. Alberto tomó solo un pequeño trozo de pan. No por hambre sino porque sabía que si no comía nada, su cuerpo se debilitaría, y si su cuerpo se debilitaba, no podría resistir lo que viniera, y porque desconocía cuánto tiempo le tendrían allí.

Después lo sacaron para un segundo interrogatorio. Las mismas preguntas. La militancia, CODEPU, Jécar, Blanca, Jorge. Las mismas respuestas. Le desabrocharon el mameluco y lo dejaron desnudo otra vez.

Alberto sabía que vendrían los golpes. Esperaba los golpes. Pero los golpes no llegaron. En cambio llegaron las amenazas. Si no decía la verdad, de todos modos ellos lo iban a saber, y le iba a ir mal. Si mentía, le iba a ir mal. Alberto insistió en que estaba diciendo la verdad. Y la amenaza muda, aquella que se espera venir y que no se materializaba, al final se manifestaba en un frío inmenso, que llevaba a Alberto a tiritar entero.

Le abrocharon el mameluco y lo devolvieron a la celda. Tres sujetos lo tomaron por los hombros y los pies. Lo arrastraron. Alberto pensó que lo llevaban a otra sala de torturas. Pero era la celda. La misma celda amarilla. El mismo olor. La misma lámpara. El mismo cerrojo.

Más tarde, no supo a qué hora, abrieron la celda y dejaron una bolsa con su ropa. Le dijeron que se vistiera. Que se iba para la casa. Alberto no les creyó. Pero se vistió. Y esperó. Le gritaron desde afuera que se pusiera la venda. Lo hizo. Y lo sacaron caminando hacia un furgón donde había otras personas. No supo quiénes eran.

La liberación

En el furgón, alguien le preguntó dónde vivía. Era la primera vez que le hacían una pregunta que no era un interrogatorio. Era una pregunta logística. Tenían que decidir dónde dejarlo. Y en esa pregunta, Alberto sintió algo que no esperaba sentir, la posibilidad de que el episodio realmente terminara.

Lo cierto era que en ese tiempo vivía en la casa de Jécar y su compañera en El Salto. Esa era su dirección real. Pero Alberto no iba a dar esa dirección. Tampoco iba a dar la dirección de sus padres.

Así que dio la única dirección que podía dar sin comprometer a nadie, la de su tía Eugenia, que vivía con su abuela Justa, cerca de San Pablo con Radal. La misma tía que una década antes, en 1972, había aparecido en Machalí con una camioneta prestada y se había llevado a la familia a Santiago. La misma mujer que no pedía permiso para actuar, que era pinochetista desagradable, pero que cuando sus hermanos requerían de su ayuda, siempre estaba presente.

El furgón arrancó. Alberto no sabía hacia dónde iban. No sabía si realmente lo llevaban a la dirección que había dado o si esto era otra parte de la tortura, otra forma de jugar con su mente. Pero el furgón seguía. Y los minutos pasaban. Y Alberto contaba los giros, las frenadas, las aceleraciones, intentando reconstruir el recorrido aunque sabía que no serviría de nada.

El furgón se detuvo. Abrieron el portalón. Le dijeron que se bajara. Alberto se bajó. Sintió que el furgón arrancaba de nuevo y se alejaba. Y se quedó ahí, parado, con la venda todavía en los ojos, sin saber si estaba realmente donde le habían dicho que lo dejarían o si esto era otra mentira.

Se quitó la venda. Y vio la calle. Y reconoció los muros. Estaba en la casa de su tía Eugenia y su abuela Justa. Lo habían dejado ahí realmente. Estaba libre.

Libre. La palabra no tenía sentido. O tenía un sentido que Alberto no podía procesar. Porque lo que había vivido en esas horas no era algo que se pudiera dejar atrás subiéndose a un furgón y bajándose en una esquina. Lo que había vivido se había metido en su cuerpo como el olor químico que le impregnó mientras estuvo en la celda.

Tocó la puerta. Eugenia abrió. Y cuando lo vio, su cara mostró exactamente lo que Alberto necesitaba ver, no desconfianza, no preguntas, no reproches. Mostró la misma certeza de siempre, la de una mujer que ya había rescatado a esta familia una vez y que lo haría de nuevo sin que nadie se lo pidiera. Lo abrazó. No dijo “qué te pasó” sino

“ven, pasa, siéntate”. Lo sentó en la cocina de su abuela Justa, le sirvió algo caliente, y lo dejó estar.

Alberto no podía hablar. No tenía palabras. Eugenia no las pidió. Se quedó con él, en la cocina, con la abuela que ya era muy vieja y que miraba a su nieto sin entender del todo pero entendiendo lo suficiente.

Desde la casa de su tía llamó a otros compañeros estudiantes, para decir que ya estaba libre, y para saber qué se sabía. Al momento se supo que un par de personas habían sido liberadas, pero no todas, Blanca seguía detenida. Ella había tenido la opción de salir con el primer grupo y la rechazó, pidiendo ser liberada al final, después de todos los demás. Y así fue, efectivamente: fue la última en salir.

Esa noche, Alberto durmió en la cama de su infancia, en la casa de su tía, con un cuerpo que ya no era del todo el suyo porque alguien más lo había usado, lo había golpeado, lo había humillado, lo había amenazado, y ese cuerpo ahora era un cuerpo marcado, un cuerpo que llevaba la firma de la dictadura en cada golpe que había recibido, en cada risa de mujer que había escuchado, en cada pasada de objeto entre sus nalgas que no llegó a penetrarlo pero que fue algo peor, porque fue la promesa de la violación.

Al día siguiente sus familiares se enterarían. Pero no por él. Por otros canales. Porque Alberto no les contó esa noche. No les contó porque no sabía cómo contarlo. Y ese silencio sería el silencio que lo acompañaría durante décadas. El silencio que salió de la celda amarilla y se fue con él, y se instaló en su vida, y se metió en su matrimonio, y se metió en su cuerpo, y no lo dejó hasta que cumplió treinta y cinco años, cuando el cuerpo finalmente se cansó de obedecer las reglas del silencio.

La expulsión

La suspensión inicial tras los sucesos de la Catedral en junio de 1981 había sido un golpe, pero la expulsión definitiva que llegó meses después, en 1982, después de que la CNI lo detuviera en la calle, sería un mazazo que sellaría su acceso a cualquier institución de educación superior en el país durante cinco años. Cuestión que demolió la posibilidad de matricularse en la Universidad Católica. Precisamente había postulado a esa universidad después de la suspensión, pero la noticia de la expulsión la recibió al momento de ir a la facultad de

Ingeniería a formalizar su ingreso. Lo hicieron pasar a una sala y una señora sentada tras un escritorio le dijo de manera muy parsimoniosa, que lamentablemente no podrá matricularse en esa universidad por órdenes superiores. Alberto más que sorprendido solicitó una explicación que no consiguió, como tampoco recibió ningún documento que acreditara lo que esa señora le estaba diciendo.

Salió del recinto con una enorme decepción, golpeado, aturdido, porque eso implicaba que no podría pensar siquiera en proyectarse como un profesional, y tendría que vivir sin mayores expectativas en ese plano.

De la noticia, sus padres la recibieron con preocupación, porque entendían que los roles que Alberto estaba asumiendo en el activismo político y social empezaban a tener consecuencias prácticas. En una visita que Alberto hizo a casa de Ladrilleros, su padre, en un gesto que Alberto no supo interpretar del todo, no dijo nada sobre política ni sobre riesgos ni sobre lo que un hijo debía o no debía hacer. No hablaba de la expulsión de su hijo de la universidad, ni del miedo que le producía ver a Alberto meterse en la misma clandestinidad que había arrastrado a tantos otros, ni de lo contradictorio que era admirar el coraje de su hijo y al mismo tiempo querer que se protegiera. El padre de Alberto expresaba todo eso a través del alcohol. Bebía más esos días, no con la violencia de antes sino con una tristeza lenta que se instalaba en la cocina como un invitado que nadie había invitado, pero que nadie se atrevía a pedir que se fuera.

Alberto veía esa tristeza y no sabía qué hacer con ella. No podía abrazar a su padre porque el abrazo entre ellos siempre había sido un campo minado. No podía decirle no te preocupes porque ambos sabían que era una mentira. No podía decirle lo que sentía porque lo que sentía era algo que no tenía nombre todavía, y era la sensación de que estaba perdiendo a su padre de otra manera, no a la muerte sino al silencio, a esa distancia que se abre entre dos personas que se aman y que no logran decirse lo que sienten porque nunca aprendieron cómo hacerlo. El padre de Alberto moriría años después aliviado de que su hijo supiera darle la vuelta al destino, no para reencontrarse con su padre, sino para dejarlo irse sin culparle de nada. Y Alberto comprendería luego que ese silencio era más elocuente que mil palabras de disculpas por todo el dolor acumulado en sitios que la mente no quería visitar.

PARTE II: LA JAULA ÍNTIMA

La ducha

Alberto tenía diez u once años cuando sucedió, y el lugar era el Colegio Osmán Pérez Freire de Machalí, ese edificio de paredes altas donde los cuerpos de los adolescentes aprendían a considerarse peligrosos para sí mismos. Su padre en la casa de la amasandería era un hombre que inspiraba temor. Los hombres, en el mundo donde Alberto había crecido hasta entonces, eran sinónimo de miedo puro, de algo que venía sin advertencia y que podían dejar marcas invisibles.

Pero en el colegio había otro tipo de hombre. El profesor jefe del cuarto básico, y que además era el profesor de educación física, a quien llamaban el Señor Yáñez, era paternal en formas que Alberto no podía nombrar, llevaba en su manera de estar un tipo de cariño que se parecía a lo completamente opuesto de la violencia. No gritaba. No golpeaba. Eso fue lo que primero lo atrajo hacia él, esa posibilidad de repente se abría delante de sus ojos, que los hombres pudieran ser también algo distinto, que no fueran solo puños que descienden en la oscuridad. Había otro profesor en séptimo básico el Profesor Orellana, que diametralmente opuesta, imponía a sus alumnos una disciplina militar al ritmo de varillazos en las manos y en las piernas. Su curso era el más ordenado, parecían militares, y aunque en su casa era el hombre más pacífico y cariñoso que muchos otros hombres rudos, Alberto guardaba esperanzas de nunca llegar a ser alumno de ese profesor, le aterrorizaba.

Las clases de deporte sucedían en las tardes, cuando la luz comenzaba a cambiar de color a través de las ventanas altas del gimnasio. Había corridas y saltos, ejercicios cuyos nombres precisos Alberto olvidaría años después, detalles de una vida que parecía importante en el momento pero que no dejaría cicatrices evidentes. Lo que permanecería grabado era lo que llegaba después de todo eso, la orden de ir a la ducha.

En el camarín, todos los chicos se comportaban con una naturalidad que Alberto no lograba comprender del todo. Se sacaban la ropa entre bromas y competencia, se movían desnudos por el espacio como si sus cuerpos fueran cosas tan ordinarias como mochilas o zapatos. La desnudez parecía un acto de libertad, algo que se reivindicaba a través

del tono de burla, como si existir desnudo en el mundo fuera simplemente permitido, normal, sin vergüenza.

Alberto no podía hacer eso. Le daba vergüenza su propio cuerpo, una vergüenza que venía de algún lugar profundo que él nunca pensó en examinar. El cuerpo era un problema que había que esconder, una evidencia de culpa cuyo origen seguía siendo un misterio incluso para su mente adolescente. Así que hacía algo que los otros encontraban absurdo, algo que merecía bromas y desprecio, pues entraba a la ducha con los shorts puestos. Se mojaba bajo el agua fría mientras llevaba puesta esa prenda, como si fuera una armadura.

"¿Qué pasa, Sánchez, te da vergüenza mostrar el culo?" gritaban desde el otro lado del vapor. Las voces de los otros chicos se volvían crueles en ese espacio donde el agua corría y las paredes reflejaban el sonido de forma distorsionada. Alberto no respondía.

El profesor Yáñez llegaba al final del ritual colectivo, cuando la energía adolescente de los chicos había comenzado a descender. Entraba al camarín de una manera que parecía despreocupada, como quien llega a su propia casa. Se sacaba la ropa sin apuro visible, sin gestos furtivos, sin la tensión que Alberto veía en otros adultos. Su cuerpo existía en el espacio de forma natural, sin disculpas. Iba a la ducha con la seguridad de alguien para quien la desnudez era tan ordinaria como respirar.

Y fue en ese momento, mientras todos los otros chicos miraban hacia sus propios cuerpos bajo el agua caliente, mientras el vapor se levantaba desde las tuberías y difuminaba los contornos de todo lo que estaba adentro del camarín, cuando Alberto lo vio. No fue algo premeditado. Simplemente levantó la vista en el instante equivocado, en el momento exacto en que el profesor estaba bajo la ducha, y lo vio. Vio a un hombre que no tenía miedo.

Vio su cuerpo entero bajo el agua. Vio cómo el agua bajaba por su espalda, cómo se movía bajo la cascada con una naturalidad absoluta, cómo su brazo se levantaba para mojarse el pelo sin tensión, sin la rigidez defensiva que caracterizaba los cuerpos de los chicos que lo rodeaban. Vio un hombre que no tenía vergüenza de existir desnudo, que no se escondía, que simplemente estaba ahí, en su cuerpo, sin conflicto aparente. Era lo opuesto absoluto de todo lo que Alberto conocía en los hombres.

Y algo en el cuerpo de Alberto se encendió. Algo que no tenía nombre, que no debería haber tenido existencia en la mente de un adolescente de once años. No era culpa. No era algo sucio o incorrecto. Era simplemente la apertura de una puerta que el cuerpo reconocía, pues aquí hay una posibilidad. Aquí hay una forma distinta de ser hombre. Fue simultáneamente deseo y esperanza, fue el reconocimiento de algo que siempre había estado esperando ser reconocido.

Se quedó paralizado bajo su propia ducha, en los shorts mojados que lo protegían de nada, mirando hacia abajo porque no sabía a dónde más mirar, aunque aquello que estaba sintiendo no era vergüenza sino asombro.

El profesor Yáñez se enjabonó. Volvió a mojarse completamente. Luego salió de la ducha como quien emerge de una actividad completamente ordinaria. Se secó con una toalla con movimientos prácticos. Se vistió. Fue como si ese momento no hubiera existido para él.

Pero para Alberto, el tiempo se había quebrado. Había un antes, una adolescencia donde su cuerpo era simplemente un vehículo para el miedo, y había un después. Después de haber visto a ese hombre que existía sin miedo en su propio cuerpo desnudo.

Lo extraño fue que eso nunca se repitió. Nunca volvió a suceder una escena similar. Fue una única vez, un momento aislado, sin progresión narrativa, sin desarrollo posterior. Simplemente quedó ahí, flotando en la memoria como un nudo que alguien ata en una cuerda y después nadie vuelve a tocar. Pero ese momento único fue suficiente. Fue la semilla.

Lo que vino después fue la represión que llegaba desde otro lado, desde la casa, desde la calle, desde las conversaciones de adultos que Alberto escuchaba sin que nadie supiera que estaba escuchando.

Su madre, Delia, hablaba de los “colas” de la forma en que hablaban la mayoría de las mujeres, con un desprecio que venía de la certeza de estar del lado correcto, de lo normal. Esos hombres eran degenerados, decía. Eran un peligro. Y la forma en que lo decía hacía que Alberto entendiera que si él era eso, entonces él era peligroso. Él era degenerado. Él era algo que merecía el desprecio.

Las palabras de su madre estaban referidas al Nelson, que atendía el negocio de su padre en "La Casa Iris", porque alguien lo insultó en el negocio y por supuesto la noticia llegó a cuadras a la redonda. Era un chico mayor, algunos años adelante de Alberto, pero visible en el barrio. Los comentarios sobre él eran grotescos, burlones, descalificadores. Los hombres reían de él. Si bien no se trataba de violencia física directa, al menos no en ese momento, era algo peor, era la construcción de un mundo donde ese chico simplemente no podía existir sin ser señalado. No importaba entonces si los insultos que recibió eran o no justificados, simplemente Nelson tenía méritos suficientes para recibirlos y no juzgar a quien los lanzó.

Alberto entendió el mensaje. Comprendió sin que nadie le dijera explícitamente qué significaba lo que había sentido en esa ducha. Entendió que si eso que sintió era lo que era, entonces él era como ese chico. Él era algo que merecía burla. Él era algo que merecía desprecio.

Y en ese momento, aunque Alberto no podía pensar en términos políticos, ocurrió algo que era profundamente político, pues decidió no ser eso. Decidió reprimir lo que había sentido. Decidió enterrar ese asombro, esa apertura, esa sensación de libertad que había experimentado en la ducha. No porque el profesor Yáñez hubiera hecho algo malo. Sino porque el mundo que lo rodeaba le estaba diciendo que aquello que él había experimentado era sucio, era peligroso, era algo que solo los hombres degradados sentían.

Durante años, Alberto no recordó ese momento. La memoria estaba allí, en algún lugar de su cuerpo, pero dormida, vigilada, esperando el momento en que algo la despertara. La represión que vendría después, la represión política, la clandestinidad, el miedo constante, todo eso trabajaría lentamente para mantener ese silencio.

Solo en 1992, cuando Alberto tenía treinta y cinco años, luego de un mutuo descubrimiento con un compañero, los recuerdos de infancia comenzaron a reaparecer de golpe y sin invitación, cuando el cuerpo finalmente se atrevió a decir una verdad que la mente había estado ocultando durante más de veinte años, Alberto recordó la ducha. Recordó cómo se había sentido viendo a un hombre que no tenía miedo. Recordó que lo que había experimentado no era culpa, sino asombro.

Recordó que lo que había visto fue una posibilidad, una promesa de libertad, no un crimen.

No había sido esa ducha. La violencia había sido el sistema de represión que vino después. Había sido Delia condenando a los colas. Los comentarios sobre Nelson. La decisión forzada que tuvo que tomar a los once años: reprimir lo que era, negar lo que había sentido, convertirse en lo que era políticamente seguro ser.

Ese fue el primero. El primer encuentro con algo que Alberto llevaría en el cuerpo durante el resto de su vida. Una posibilidad. Una promesa de libertad que vio en otro cuerpo. Un bálsamo, cuando todo lo demás, la casa, la calle, la familia, el mundo, era violencia pura.

El chico pecoso

Había otro chico, antes de la ducha, cuando Alberto tenía apenas siete años y estaba en primer año básico en Quinta Normal, donde la familia vivía antes de ir a Machalí. Pecoso. Colorín. Se llamaba Carlos Cartagena.

La atracción en esa edad no tenía forma de sexualidad. No había pensamiento en los actos del cuerpo, solo la sensación de que estar cerca de ese chico era diferente a estar cerca de otros. Su color de pelo. La forma en que reía. La manera en que ocupaba el espacio en el patio durante los recreos.

No pasó nada entre ellos. No había nada que pasara en la infancia, excepto la presencia. Excepto mirar cuando ese chico estaba en el espacio compartido. Excepto la preferencia de estar cerca de él, en el patio, en las clases.

Y sin embargo, un día Alberto simplemente dejó de buscarlo con la mirada. No hubo una decisión, no hubo una palabra de nadie, no hubo un castigo. Un día miraba hacia el rincón donde jugaba Carlos, y al siguiente miraba hacia otro lado, sin darse cuenta de que estaba haciendo algo. Carlos Cartagena se perdió de su memoria durante casi cuarenta años. Cuando volvió, décadas después, volvió con nombre y apellido intacto, como si hubiera estado esperando bajo tierra todo ese tiempo.

El colectivo

En la enseñanza media, las cosas cambiaron de forma pero mantuvieron el patrón de la invisibilidad. Alberto fue parte de un pequeño colectivo de chicos que se reunían con interés en la política, en la lectura, en tratar de entender el mundo que los rodeaba.

Uno de ellos fue especialmente importante. No como el chico pecoso, que había sido puramente observación desde la distancia. Este era alguien con quien Alberto intercambiaba palabras, con quien construía algo que parecía amistad y que era amistad, o lo era en la forma en que la amistad podía existir entre jóvenes de diecisiete años.

Se hacían preguntas sobre qué pensaban de distintos temas, sobre cómo veían el mundo, sobre qué esperaban de la vida. Las preguntas iban profundizando, como si ambos estuvieran intentando llegar a algo sin saber qué era ese algo.

Se confesaban cosas. Se decían, sin que sonara raro en esa época, "nos queremos mucho". Eres mi amigo. Eres importante para mí. Las palabras que usaban los mantenían seguros dentro del lenguaje permitido de la amistad, de la camaradería, de la hermandad política que comenzaba a formarse en el colectivo.

Años después, cuando Alberto volvió a ver a algunos de esos compañeros, uno de ellos le dijo algo que lo impactó: "Siempre supe que eras gay, ¿vos no?"

La frase cayó como una piedra en un pozo profundo. Había sabido. Habían sabido. Mientras Alberto ni siquiera se había dado cuenta de lo que pasaba en su interior, ellos habían visto algo que Alberto no sabía ni siquiera que existía. Pero nadie lo había dicho nunca. Nombrarlo hubiera significado sacarlo del único lenguaje donde era seguro existir.

Entrada a la clandestinidad

Cuando Alberto llegó a la universidad, el país ya estaba dentro de la dictadura. Pinochet gobernaba hacía tres años. La represión era cotidiana.

Fue en la USACH donde la militancia se volvió central, mediante reuniones en casas cerradas, nombres falsos, comunicación vigilada, la permanente sensación de que algo podía caer en cualquier momento.

Su militancia partidaria era clandestina, aunque se manifestaba en su rol de dirigente estudiantil. Eso significaba reuniones en casas ajenas, compartir espacio con otros compañeros sin privacidad, dormir varios en un mismo dormitorio, a veces compartir la cama, en la intimidad forzada de la supervivencia política.

Fue en esos espacios donde comenzó a suceder algo que Alberto no tenía palabras para nombrar, y que no podía decir a nadie: decirlo lo habría convertido en una vulnerabilidad capaz de destruir no solo su vida sino las de todos a su alrededor.

No había tiempo para preguntarse por eso. No había espacio mental. Lo único que importaba era la lucha, la supervivencia, la acción política. Todo lo demás era un lujo, una distracción, algo que no cabía.

La represión política no necesitaba prohibir la homosexualidad explícitamente. Bastaba con ocupar todo el espacio disponible para que ella simplemente no tuviera dónde respirar.

Compartir cama

En una ocasión, en un cuarto pequeño de la casa de uno de sus compañeros, donde no había suficiente espacio, Alberto y otro compañero compartían cama. Esto no era inusual. Esto era la realidad material que entonces tenían, no había otra alternativa, donde los espacios eran pequeños, los recursos eran limitados, la privacidad era un lujo que no existía.

El compañero dormía del lado izquierdo. Alberto del lado derecho. Había centímetros entre sus cuerpos. En la oscuridad, Alberto sentía su respiración. Sentía el calor que emanaba del cuerpo cercano. Lo que le confortaba era la sensación de abrigo y seguridad con esa compañía tan estrecha.

Y algo en el cuerpo de Alberto se movía. Se excitaba. Reaccionaba a la cercanía de otro cuerpo masculino de forma que lo aterraba. Noches que a veces no dormía porque pensaba que su compañero de cama podría molestarse con un contacto más estrecho. Porque si su compañero se daba cuenta, si alguien se daba cuenta, eso significaba exposición, vulnerabilidad. Implicaba ser señalado, juzgado, expulsado. Significaba que la información podría usarse contra él. Nunca supo si quizás su

compañero se hubiera molestado, pero su pánico era convertirse en algo peligroso.

Así que bloqueaba. Su mente rápidamente rechazaba lo que su cuerpo estaba experimentando. Era como una técnica de supervivencia que su psiquis había aprendido sin que nadie le enseñara, que cuando algo inaceptable comienza a suceder, niégalo inmediatamente. Cierra la puerta. Haz que sea como si no hubiera pasado.

Se dormía forzosamente, o mejor dicho, se mantenía consciente durante horas, con los músculos tensos, esperando a que el cuerpo se calmara, a que su mente pudiera disociarse lo suficiente como para permitirle dormir sin que eso que estaba sucediendo fuera real.

Y por la mañana, era como si nada hubiera pasado. Como si la noche anterior hubiera sido un sueño, algo sin solidez, algo que su mente podía descartar tan fácilmente como se descartan los detalles confusos del dormir. Él se levantaba. Hacía lo que tenía que hacer. Se unía a los otros compañeros. Nadie sabía. O si lo sabían, no lo decían. Seguían adelante como si nada.

Esto se repitió. Varias noches. Con el mismo compañero en la misma casa. Siempre el mismo patrón: excitación, pánico, bloqueo, disociación, olvido de la mañana.

La represión política hacía imposible vivir lo que era sexualmente real. No porque lo prohibiera explícitamente, sino porque no había espacio para ello. No había tiempo. No había seguridad. No había futuro donde eso pudiera existir.

El mecanismo del olvido

Años después, cuando todo hubiera terminado, cuando Alberto tuviera treinta y cinco años y pudiera reflexionar sobre lo que había pasado, comprendería que el olvido no había sido accidental. No había sido un fallo de la memoria. Había sido una estrategia de supervivencia que su cuerpo y su mente habían desarrollado de forma coordinada, perfectamente calibrada para permitirle seguir funcionando en un mundo donde lo que sentía era incompatible con lo que podía existir.

Él lo describía de este modo, pues era como una borrachera. Tomas para olvidar por qué tomaste. Y una vez que terminas de beber, no recuerdas. La memoria simplemente no está ahí.

Pero no era verdadero olvido. Era represión activa. Su cuerpo lo hacía, su mente lo orquestaba, pero todo en coordinación con un sistema externo que hacía que eso fuera necesario. Si hubiera tenido la opción de recordar, si hubiera tenido la seguridad de vivir lo que sentía, su cuerpo probablemente no hubiera necesitado esa defensa.

La represión política había entrado en su cuerpo y se había organizado como parte de su neurología, de su sistema emocional. Había aprendido a olvidar para poder seguir siendo útil a la causa. Había aprendido a negar para poder seguir compartiendo cama con otros compañeros sin que su cuerpo los traicionara.

Durante años esto continuó. Años de clandestinidad, de represión política, de casas de compañeros que lo atraían, de noches donde su cuerpo reaccionaba de formas que su mente rechazaba. Años de bloqueo, de disociación, de olvido perfectamente ejecutado.

Y en algún momento durante esos años, Alberto se había casado. Había decidido que lo mejor era vivir como se suponía que tenía que vivir. Que la sexualidad era un lujo que no podía permitirse. Que la política era lo importante. Que todo lo demás, incluyendo su propio cuerpo, podía esperar. O mejor aún, podía no existir.

Pero los cuerpos tienen su propia verdad. Y aunque Alberto había pasado años perfeccionando el arte del olvido, el cuerpo seguía guardando todo aquello que la mente intentaba descartar.

Y algún día, treinta años después, cuando la represión política finalmente aflojara su agarre, el cuerpo simplemente explotaría. La represión que Alberto había interiorizado tan profundamente, que la había convertido en parte de su propio funcionamiento, se haría insoportable. Y todo lo que había estado guardado, todo lo que había sido olvidado a propósito, reaparecería de golpe, exigiendo ser vivido, ser nombrado, ser reconocido.

La promesa

En 1985, Alberto se unió a su compañera. Y aquí hay que decir algo que la memoria posterior intentó borrar, pues no fue una decisión de esconderse. No fue un cálculo. No fue una estrategia de represión. Fue afecto. Fue amor, o lo que Alberto podía sentir como amor en ese momento de su vida, que era mucho más de lo que él mismo creía capaz de sentir.

Él no sabía que tenía que ocultarse. No conscientemente, al menos. El mecanismo de represión funcionaba tan bien, estaba tan integrado a su forma de ser, que Alberto no sentía que estuviera reprimiendo nada. Simplemente no había nada que reprimir. El silencio interior era tan profundo que se sentía como naturalidad. No como ausencia sino como paz. Cuando miraba a esa mujer, cuando estaba con ella, sentía cosas que eran genuinas, como ternura, complicidad, el alivio de estar con alguien que entendía el mundo desde un lugar similar, que había sufrido en su familia las consecuencias del exilio, la represión, el crimen y la muerte, que no necesitaba explicaciones sobre por qué a veces se despertaba sobresaltado, por qué no podía dormir, por qué ciertos olores lo ponían nervioso sin razón aparente.

Ella lo sabía sin que él tuviera que decirlo. Y eso era suficiente. Se amaban.

Entre 1985 y 1987 vivieron una vida de pareja que se parecía a la de cualquier otra pareja. Salían. Conocían lugares. Fueron a Chiloé, y la ignorancia los llevó a caminar por las orillas de playa de los palafitos sin darse cuenta de que lo que pisaban no era tierra sino excrementos sedimentados, capas y capas de residuos que se habían acumulado durante generaciones bajo esas casas construidas sobre el agua. Caminaban sobre eso riéndose, tomándose de la mano, sin saber lo que había bajo sus pies. Era una imagen que años después Alberto volvería a pensar una y otra vez, porque tenía la forma exacta de lo que eran ellos, pues eran una pareja perfecta caminando sobre capas de dolor que ninguno de los dos podía ver todavía.

Salían a comer. Iban al cine. Hablaban hasta la madrugada sobre política, sobre el futuro del país, sobre lo que vendría después de la dictadura. Hacían proyectos. Planeaban una vida que parecía posible por primera vez en años. La dictadura se estaba debilitando. La

oposición se organizaba. El plebiscito venía en camino. Había un aire de esperanza que se metía en las casas, en las camas, en las conversaciones de los sobrevivientes que empezaban a creer que quizás, solo quizás, podían tener una vida normal.

Y Alberto creía que la estaba teniendo. No porque estuviera fingiendo, sino porque genuinamente no sentía que le faltara nada. El deseo que había sido bloqueado tantas veces en las casas seguras no aparecía como una ausencia. No era algo que él extrañara. Era simplemente un espacio vacío que no generaba ruido, como una habitación de la casa que nunca se usa y que por lo tanto no molesta. Él amaba a su compañera. La deseaba lo suficiente como para que la vida funcionara. Y eso, en ese momento, le parecía suficiente.

Para quienes los miraban desde afuera, eran una pareja perfecta. Dos sobrevivientes de la dictadura que habían encontrado el uno en el otro un refugio. Dos militantes que habían elegido construir algo juntos. La imagen era limpia, ordenada, esperanzadora. Nadie veía las grietas porque todavía no había grietas. O porque las había pero estaban cubiertas por esa capa de excremento sedimentado sobre la que caminaban sin saberlo.

Eran felices. O al menos eso creían.

La hija

A comienzos de 1986, decidieron tener un hijo. Fue una decisión compartida, conversada, deseada. No fue un accidente ni una obligación. Fue algo que ambos quisieron, algo que sentían como el paso natural de una pareja que se amaba y que quería proyectar su amor hacia el futuro.

Ella tomaba psicotrópicos en esa época. Las pastillas eran el precio que pagaba por haber sobrevivido. La CNI la había detenido en otro allanamiento en CODEPU. El exilio años antes la había roto. Y su mente, que era brillante y sensible, había desarrollado esas fracturas que los médicos intentaban controlar con medicamentos. Alberto lo sabía. Lo había visto desde el principio. Pero en ese momento de la relación, esas fracturas parecían manejables. Las pastillas funcionaban. Los delirios estaban controlados. La vida cotidiana transcurría con una normalidad que los hacía creer que lo peor había pasado.

Así que ella decidió dejar los psicotrópicos durante un tiempo para permitirse el embarazo. Fue un acto de coraje que Alberto admiraba profundamente. Significaba arriesgarse, exponerse, dejar de tomar la medicación que la mantenía estable porque quería dar vida a un ser humano. Y Alberto la acompañó en esa decisión con la certeza de que estaban haciendo lo correcto.

En enero de 1987 nació su hija.

Alberto no tiene palabras suficientes para describir lo que sintió en ese momento. No fue solo alegría. Fue algo más primitivo, más atávico, como si una parte de él que había estado dormida desde la infancia se despertara de golpe al ver ese rostro, al sostener ese cuerpo pequeño, al sentir el peso de una vida que dependía de él. Era algo distinto, algo que no tenía nada que ver con la sexualidad y que sin embargo lo llenaba de una forma que nada antes había logrado.

La hija fue la prueba de que él podía sentir. De que el mecanismo de bloqueo no había destruido su capacidad de amar. De que debajo de todas las capas de represión, de miedo, de silencio, había un corazón que funcionaba, que latía, que podía entregarse a otro ser humano con una intensidad que lo sorprendía a él mismo.

Esos primeros años fueron buenos. Genuinamente buenos. La bebé crecía. La pareja funcionaba. La vida tenía una textura de normalidad que ninguno de los dos había conocido antes. Iban a la playa. Visitaban a los amigos. La hija aprendía a caminar, a hablar, a leer, a reconocer el mundo. Alberto la miraba y sentía que todo valía la pena. Que lo que había pasado en la celda amarilla, y en su interior, todo eso había sido el precio para llegar a este momento, a esta casa, a esta niña que sonreía desde su cuna.

No sabían que la cuenta estaba corriendo. No sabían que las historias atormentadas por la violencia del pasado no se curan con amor. No se curan con buenas intenciones. No se curan con hijos. Se curan, cuando se curan, con tiempo, con terapia, con la capacidad de mirar hacia adentro sin morir en el intento. Y ninguno de los dos tenía esas herramientas. Ninguno de los dos sabía que las necesitaban.

El matrimonio prometía de todo. Eran una pareja perfecta a ojos de muchos. Y lo eran, de verdad, durante esos años. Pero la perfección era

una superficie. Debajo estaba todo lo que ninguno de los dos podía ver todavía.

La cuenta

Jécar para Alberto, era como un hermano. Más que un hermano. Era la persona que le había abierto las puertas de su casa en El Salto cuando Alberto se había alejado de su familia para no ponerlas en riesgo por sus actividades políticas. Él y su compañera lo recibieron sin preguntar nada, sin condiciones, como se recibe a alguien que viene del frío. Y Alberto venía del frío. Venía de un hogar donde el padre borracho y violento hacía que la calle pareciera más segura que la casa, y ahora la política le estaba pidiendo que abandonara incluso esa calle.

En 1982, cuando llegó a la casa de Jécar, la vida política comenzó a comandar y dar sentido a su existencia. Todo lo demás quedó subordinado a eso. La militancia no era una actividad entre otras. Era el aire que respiraba. Era la razón para levantarse en la mañana. Era la familia que había elegido cuando la familia de sangre se había vuelto un riesgo.

En 1984, Jécar y su compañera pasaron a la clandestinidad. La casa de El Salto se vació de ellos y Alberto se quedó solo otra vez. Pero ya no era el mismo de antes. Ya tenía una red, tenía un lugar en la estructura, tenía cosas que hacer. Comenzó a trabajar para vivir y para apoyar a la familia que la militancia le había dado. Esa palabra, familia, la usaba con la misma naturalidad con que otros la usaban para hablar de padres e hijos. Porque para Alberto, sus compañeros eran su familia. Jécar era su hermano.

A partir de ahí, su vida se convirtió en un movimiento constante. Comenzó a vivir en casas de distintos compañeros. Su tiempo pasó desplazándose por distintos lugares y provincias de Chile, entre casas y rucos, durmiendo en camas precarias y también en el suelo. No había una dirección fija. No había un lugar al que llamara hogar. Había una red de solidaridad que funcionaba con la precisión de un reloj, donde alguien te esperaba en una ciudad que no conocías, te daba un techo, una comida, un lugar donde dormir, y al día siguiente tú hacías lo mismo por otro compañero que llegaba de otro lado.

Compañeros de La Serena lo recuerdan llegando a dirigir las asambleas en la universidad con un poncho y bototos, sin calcetines. Dormía en el suelo allí donde lo hospedaban. Comían lo que bien o mal cocinaban entre ellos. No se pasaba hambre. O mejor dicho, se pasaba hambre y se pasaba frío, pero el ímpetu era mayor. La esperanza de que las cosas cambiaran era más fuerte que el estómago vacío o los pies fríos. Eso era lo que Alberto llevaba en el cuerpo en esos años, una certeza que no necesitaba comida ni abrigo para mantenerse viva.

El estoicismo lo caracterizaba entonces. No como una filosofía leída en libros sino como una necesidad física. Si te quejabas del frío, el frío ganaba. Si te quejabas del hambre, el hambre ganaba. Si te quejabas de dormir en el suelo, el suelo ganaba. Así que no te quejabas. Aguantabas. Y al aguantar te hacías más fuerte, o al menos más resistente, que era la forma en que la clandestinidad entendía la fortaleza.

Y entonces mataron a Jécar. El 5 de septiembre de 1989, Jécar Neghme fue acribillado a balazos con veinte disparos de metralleta por agentes de la CNI. Murió en la calle, mientras se dirigía a su casa, como tantos otros que la dictadura convirtió en cifras. Alberto se enteró por alguien que lo llamó por teléfono, no recuerda quién, solo recuerda que la mano que sostenía el aparato empezó a temblar y que tuvo que sentarse en el suelo de su casa porque las piernas no lo sostenían.

Lo mataron a menos de un año del plebiscito. Lo mataron cuando todo indicaba que la dictadura se iba, que los años más oscuros habían quedado atrás, que la transición era posible. Lo mataron como un mensaje, como una advertencia, como un recordatorio de que la CNI todavía existía, de que los agentes de la muerte todavía circulaban por las calles, de que nadie estaba a salvo hasta que el último de ellos fuera juzgado o desapareciera.

Para Alberto, la muerte de Jécar no fue solo una pérdida política. Fue la pérdida del único hombre que lo había acogido sin condiciones, el único que lo había visto llegar con nada y le había dado todo. Era el hermano que la militancia le había regalado. Y ahora estaba muerto, acribillado en una calle, como tantos otros.

Lo que Alberto no podía saber entonces era que esa muerte iba a acelerar algo dentro de él que ya estaba moviéndose. El dolor por Jécar se mezclaba con algo que no tenía nombre, con una sensación de vacío

que no era solo la ausencia del amigo sino la ausencia de algo más amplio, más difuso, como si la muerte de Jécar le recordara que todo lo que había construido era frágil, que podía desaparecer en un segundo, que la vida que tenía no le pertenecía del todo.

Mientras tanto, la compañera de Alberto empezaba a mostrar señales de que los fantasmas del pasado no se habían ido. Las alucinaciones volvían. Los delirios paranoicos reaparecían con una fuerza que los psicotrópicos, retomados después del embarazo, no lograban controlar del todo. Había momentos en que ella veía cosas que no estaban ahí. Había momentos en que creía que alguien los vigilaba. Había momentos en que la casa se convertía en un lugar inseguro, no por lo que pasaba afuera sino por lo que pasaba dentro de su cabeza.

Alberto la cuidaba. La acompañaba a los médicos. Intentaba mantener la calma para la hija. Pero mientras hacía todo eso, sentía crecer dentro de sí algo que no podía nombrar y que lo llenaba de culpa. Porque sentía que de alguna forma él era parte del problema. Que su ausencia emocional, esa distancia que él no podía explicar ni siquiera a sí mismo, era algo que ella sentía, que agravaba su condición, que añadía una capa más de dolor a un dolor que ya era insoportable.

No sabía que estaba enfermo. No sabía que lo que sentía era el resultado de años de represión sexual, de tortura, de bloqueo. No sabía que su cuerpo llevaba décadas acumulando algo que ahora pedía salir. Solo sabía que algo estaba mal, que la vida que había construido con tanta esperanza en 1985 estaba empezando a agrietarse, y que no tenía las palabras para decir qué pasaba.

La muerte de Jécar fue la primera grieta grande. Las que vinieron después fueron consecuencia de esa. Porque cuando mataron a su hermano, algo se rompió dentro de Alberto que ya no pudo ser reparado con las mismas herramientas que había usado hasta entonces. El estoicismo, que lo había sostenido durante años, que lo había acompañado en las noches de frío en La Serena, o en Temuco, que lo había ayudado a dormir en el suelo sin quejarse, ya no alcanzaba. Ya no era suficiente.

La cuenta que el pasado les estaba pasando no era solo la de ella. Era también la de él. Pero mientras la enfermedad de ella era visible, reconocible, tenía nombre médico y tratamiento, la de él era invisible.

No tenía diagnóstico. No tenía pastillas. No tenía ningún profesional que le dijera que esto que sientes tiene una causa, tiene una historia, tiene que ver con lo que te hicieron en esa celda amarilla y con lo que te impediste sentir durante todos esos años.

Alberto estaba solo con su silencio. Y ese silencio, que había sido su técnica de supervivencia en la clandestinidad, ahora se estaba convirtiendo en la cosa que lo estaba destruyendo.

La apertura

En 1990, con la llegada de la democracia, algo se movió en Alberto que no podía explicar. No fue un momento dramático. Fue más bien como cuando en invierno la temperatura sube un grado y no lo notas pero tu cuerpo sí, pues deja de temblar sin que tú te des cuenta.

Alberto dejó de militar ese año. No fue una ruptura ruidosa ni una declaración principista. Fue un desgaste. La militancia, que había sido el sentido de su vida durante casi una década, había dejado de serlo sin que él pudiera precisar cuándo exactamente. Quizás fue cuando mataron a Jécar. Quizás fue antes. El caso es que cuando la dictadura se fue, Alberto descubrió que la lucha que lo había sostenido ya no lo sostenía. Quedó como alguien que se apoya en una pared y de repente la pared se corre y uno cae hacia adelante sin saber dónde poner los pies.

Empezó a trabajar en cosas distintas. Se acercó al ecologismo, que en esos años era un movimiento incipiente en Chile, casi marginal, formado por gente que venía de la izquierda pero que ya no creía en las formas tradicionales de hacer política. Había algo en ese mundo que le atraía, la idea de que la política podía ser sobre la vida, sobre los cuerpos, sobre el aire y el agua y la tierra, y no solo sobre la toma del poder. Era una forma de seguir siendo militante sin serlo, de seguir creyendo en la transformación sin tener que pasar por las estructuras que lo habían decepcionado.

Fue en ese contexto que conoció el trabajo de Manfred Max Neef. El economista chileno había desarrollado una teoría sobre las necesidades humanas que a Alberto le resultó perturbadora, aunque no entendía por qué al principio. Max Neef decía que las necesidades humanas son finitas y clasificables, y que lo que cambia son los satisfactores. Decía que hay necesidades de subsistencia, de protección, de afecto, de

entendimiento, de participación, de ocio, de creación, de identidad y de libertad. Y que cuando una necesidad no es satisfecha, se produce una patología.

Alberto leía eso y sentía un eco profundo en algún lugar de su cuerpo que no podía ubicar. Necesidades de afecto. Necesidades de identidad. Necesidades de libertad. Palabras que en la militancia no se usaban, que sonaban a burguesía, a debilidad, a individualismo. Pero que ahora, fuera de la militancia, le dolían como heridas que habían estado abiertas toda su vida sin que él las viera.

La apertura política que significó el fin de la dictadura tenía un lado oscuro para Alberto, pues al quitarse la presión externa, la presión interna empezaba a hacer ruido. Cuando no había un enemigo que combatir, cuando no había una causa que exigía todo tu cuerpo y toda tu atención, lo que quedaba era eso, tu cuerpo, tu atención, y el silencio enorme de no tener nada que ocultarlos.

Era como cuando sacas un mueble pesado que estaba contra una pared y descubres que la pared tenía humedad, manchas, grietas que el mueble escondía. La militancia había sido ese mueble. Al sacarlo, Alberto se encontró con una pared que no sabía que estaba dañada.

Empezó a leer cosas que antes no habría leído. Empezó a pensar en cosas que antes no habría pensado. Empezó a sentir cosas que antes no habría permitido sentir. No era que estuviera descubriendo su homosexualidad. Era algo más sutil y más profundo, pues estaba descubriendo que tenía permiso para sentir. Y ese permiso, que venía de afuera, de la democracia recuperada, de la libertad de pensamiento, activaba algo adentro que llevaba décadas esperando.

No sabía hacia dónde iba. No sabía qué estaba buscando. Solo sabía que algo se estaba moviendo, que el silencio interior ya no era tan absoluto como antes, y que eso lo aterraba y lo aliviaba al mismo tiempo.

Conchalí

A principios de 1991, a los 33 años, Alberto organizó un Club Ecológico para los niños de su población. Era un trabajo precario, sin recursos, basado solo en la legitimidad de ser padres, de una niña cuyas amiguitas y amiguitos vivían en el vecindario, y había que desarrollar alguna iniciativa que permitiera que la infancia conociera un

mecanismo para sentir, conocer, actuar y desarrollarse. Era un trabajo que exigía esfuerzo y dedicación, pero le daba algo que no había tenido en años, la sensación de estar haciendo algo con las manos, con el cuerpo, en contacto con la tierra y con la gente, lejos de los despachos y las reuniones y los documentos que habían sido el pan de cada día en CODEPU.

El equipo era Alberto y su compañera, nadie más. Allí había una energía distinta, sin la tensión de la clandestinidad, sin el miedo permanente, sin la necesidad de estar siempre alerta. Era algo que se inspiraba también en las lecturas que Alberto ya venía haciendo para lograr comprender el mundo desde perspectivas que la izquierda tradicional no ofrecía. Durante ese año pudieron desarrollar algunas actividades educativas con los niños que impactaron en sus sentimientos y conciencia respecto del medio ambiente.

Fue en el contexto de este trabajo ecológico en Conchalí donde vio por primera vez a Ariel. No fue un encuentro fortuito, sino algo que emergió de la necesidad de ampliar el equipo de trabajo, de buscar compañeros que compartieran esa visión política de la ecología como resistencia.

Con Ariel se pusieron de acuerdo para impulsar un trabajo político en Conchalí que profundizara las iniciativas ecológicas. A Alberto le comenzó a ocurrir lo mismo que antes le había ocurrido con otros compañeros, con la diferencia que en esta ocasión no había partido, ni dictadura, ni estructuras sociales que le pudieran importar a nadie. Al menos, eso era lo que Alberto creía en esos primeros encuentros.

Entonces no era un rayo. No era un impacto. Fue algo más silencioso, como cuando entras a una habitación y notas que la temperatura es distinta pero no puedes decir por qué. Ariel estaba ahí, trabajando en lo mismo que Alberto, compartiendo las mismas tareas, las mismas conversaciones. Tenía una forma de moverse que llamaba la atención sin pedir permiso para hacerlo. Una forma de mirar que era directa pero no agresiva. Una forma de estar en su cuerpo que a Alberto le resultaba inquietante, aunque no sabía por qué.

Al principio no pasó nada. Se conocieron como se conocen los compañeros de trabajo, intercambiando nombres, hablando de las tareas del día, compartiendo un café en los ratos libres. Nada que pudiera

llamarse atracción de forma explícita. Pero Alberto sentía algo que no había sentido jamás en su matrimonio ni en ningún otro lugar de su vida adulta, pues sentía una cercanía que no exigía distancia. Una presencia que no lo hacía sentir vigilado ni juzgado. Alguien que estaba ahí, simplemente, sin pedirle que fuera otra cosa de lo que era.

Ariel se lo confesaría mucho después, cuando ya no había vuelta atrás, pues él también había estado calculando qué tan cerca podía acercarse a un compañero casado sin que eso significara algo. Se había hecho la misma pregunta semanas antes del primer café compartido, qué buscaba exactamente en alguien mayor, con una hija, con una vida entera construida sobre otra persona. No sabía si era curiosidad o necesidad, o simplemente lo que sentía Alberto sin nombre todavía. "Yo tampoco sabía qué estaba haciendo", le diría, "solo sabía que no quería dejar de estar cerca tuyo".

Era lo opuesto de la clandestinidad. En la clandestinidad, la cercanía con otros hombres era siempre una amenaza. Cada vez que el cuerpo reaccionaba, había que apagarlo de inmediato. Cada vez que algo se movía en la dirección equivocada, el mecanismo de bloqueo entraba en acción. Pero con Ariel, el mecanismo no se activaba. O se activaba y fallaba. O algo en Alberto le decía que esta vez no iba a poder bloquear, que lo que estaba sintiendo era más grande que cualquier mecanismo que hubiera construido.

Empezaron a hacer el juego. Alberto no sabía que era un juego, o no quería saberlo. Era el mismo juego que había hecho en la enseñanza media con los compañeros del colectivo, el mismo que había hecho años después en la clandestinidad con otros compañeros, pero esta vez era distinto porque Alberto ya no podía pretender que no sabía qué estaba pasando. Las preguntas que se hacían uno al otro iban profundizando, como si ambos estuvieran buscando algo que no se atrevían a nombrar. ¿Qué sientes cuando estás conmigo? ¿Qué piensas de la vida? ¿Qué es lo que más te importa? Preguntas que parecían filosóficas y que eran en realidad el intento de dos cuerpos de decirse algo que la boca no podía pronunciar.

Ariel respondía con la misma intensidad con que Alberto preguntaba. No se retiraba. No cambiaba de tema. No ponía distancia. Estaba ahí, con sus ojos castaños y su forma de estar que no pedía perdón por

existir, y Alberto sentía que el suelo que había pisado durante treinta y cuatro años empezaba a temblar.

El beso

Fue en una reunión que tuvieron en un café de noche en donde la conversación se hizo silencio, y las miradas que ya no podían disimular lo que estaban diciendo, daban la sensación de que algo iba a pasar y que ninguno de los dos podía detenerlo.

Ariel besó a Alberto. O Alberto besó a Ariel. Después de tantos años, Alberto no está seguro de quién se movió primero. Lo que sabe es que en algún momento sus labios tocaron los de otro hombre por primera vez en su vida, y que en ese instante algo se rompió y algo se reparó al mismo tiempo. Se rompió el mecanismo de bloqueo. Se rompió la pared de silencio que había construido ladrillo por ladrillo durante décadas. Se rompió la idea de que lo que sentía era peligroso, era sucio, era algo que debía ser enterrado.

Y se reparó algo que Alberto no sabía que estaba roto: la capacidad de sentir su propio cuerpo como un lugar seguro, como un lugar donde podía haber verdad.

No fue un beso largo. No fue un beso cinematográfico. Fue un beso breve, casi torpe, como el primer beso de dos adolescentes que no saben lo que hacen. Pero contenía treinta y cinco años de represión, de silencio, de camas compartidas en casas donde el pánico ganaba siempre, de matrimonios construidos sobre ausencias que nadie nombraba. Todo eso estaba en ese beso. Todo eso se liberó en ese beso.

Después vinieron las palabras. No inmediatamente, pero vinieron. Alberto le dijo algo que nunca había dicho a nadie: "Me siento atraído por ti". Y Ariel le respondió con un “yo también”, algo que Alberto no esperaba escuchar jamás en su vida. Dos frases. Siete palabras. Suficientes para derrumbar una vida entera y para construir otra.

Lo que vino después fue caótico, doloroso, imperfecto. Al cabo de una semana, ambos se separarían de sus parejas. Las separaciones serían simultáneas, como si el beso hubiera activado una cuenta regresiva que no podía detenerse. La esposa de Alberto, ya enferma, ya frágil, recibiría la noticia como un golpe que su mente no podría procesar. La novia de Ariel tendría su propio dolor, su propia confusión. Y la hija de

Alberto, que tenía cinco años, quedaría en el medio de una tormenta que no había provocado y que no podía entender.

Pero en el momento del beso, nada de eso existía todavía. En el momento del beso, solo existía la verdad. La verdad de un cuerpo que finalmente podía decir lo que sentía. La verdad de un hombre de treinta y cinco años que descubría que no era demasiado tarde, que el deseo no había muerto, que la represión no había ganado del todo.

El beso fue el punto de ruptura. Pero fue también el punto de inicio. Porque después de ese beso, Alberto ya no podría volver a ser el que era antes. Ya no podría fingir. Ya no podría bloquear. Ya no podría hacer como si nada hubiera pasado. El mecanismo de olvido, esa máquina perfecta que había construido durante décadas, se había roto en la peor y en la mejor de las formas.

Lo que venía después sería devastador.

Las confesiones

Al cabo de una semana del beso, Alberto le dijo la verdad a su compañera.

No fue planeado. No había un guion. Alberto había pasado siete días viviendo en dos mundos que ya no podían coexistir, pues por un lado estaba la casa donde estaba su esposa y su hija, y el espacio mental donde estaba Ariel todo el tiempo, incluso cuando no estaba. Esos siete días fueron un infierno particular que no se parecía a nada que hubiera vivido antes. Ni siquiera a los días en la celda amarilla. Porque en la celda sabía quién era el enemigo. En su casa, el enemigo era él mismo.

La conversación pasó en la casa de Conchalí. Alberto no recuerda las palabras exactas. Recuerda el momento en que las dijo, el instante en que la verdad salió de su boca como algo que ya no podía contener, como un vómito que el cuerpo expulsa sin pedir permiso. Le dijo que quería estar seguro de si era gay. Le dijo que no tenía del todo claro si lo que estaba sintiendo era algo real definitivo o simplemente algo pasajero. Pero que en esas circunstancias no quería traicionarla, y que mejor era detenerse y no seguir.

Lo que siguió fue peor que lo que él había imaginado. No hubo gritos al principio. Hubo silencio. Un silencio largo, denso, como el que sigue a

una explosión cuando el ruido ya terminó pero el polvo todavía no se asienta. Y después vinieron las palabras de ella, que no eran de rabia sino de dolor puro, un dolor que venía de un lugar mucho más profundo que la traición conyugal. Ella propuso terapia. Dijo que podían ir juntos, que podían trabajar en esto, que a veces estas cosas se podían manejar con ayuda profesional.

Alberto rechazó la propuesta. No porque no quisiera arreglar las cosas. Sino porque sabía, con una certeza que venía de algún lugar que no era la razón sino el cuerpo, que esto no se iba a arreglar con terapia. No era una disfunción. No era una crisis de pareja. Era algo que había estado ahí toda su vida y que ahora, por primera vez, tenía un nombre. Y una vez que tiene nombre, no puedes volver a llamarlo de otra forma.

Ella insistió. Él se mantuvo firme. Y en ese mantenerse firme, Alberto sintió algo que no esperaba, pues sintió culpa y alivio al mismo tiempo. Culpa por el dolor que estaba causando a una mujer que ya había sufrido demasiado, que había sobrevivido a la represión, al exilio, a las alucinaciones, y que ahora tenía que sobrevivir también a esto. Y alivio porque finalmente estaba diciendo la verdad, porque por primera vez le resultaba coherente lo que decía con lo que sentía, porque el peso que había cargado durante siete años de matrimonio y décadas antes se estaba descargando aunque el lugar donde caía era el corazón de otra persona.

Ariel, mientras tanto, estaba viviendo su propio proceso. También le estaba diciendo la verdad a su novia. También estaba rompiendo una vida que había construido. Las dos separaciones sucedieron de forma casi simultánea, como si el beso hubiera activado un mecanismo de destrucción que no podía detenerse una vez que se encendía.

Alberto no sabe hasta hoy los detalles de cómo Ariel le dijo ni qué le dijo a su novia lo que pasaba. No sabe si hubo lágrimas, si hubo gritos, si hubo silencio como en su casa. Lo que sabe es que dentro de esos diez a veinte días, ambos quedaron libres. Y esa libertad se sentía como una caída al vacío.

El departamento

Alberto se fue a vivir solo a un departamento en el centro de Santiago. Tenía algo de dinero. Y un trabajo precario. No tenía nada que pudiera

parecerse a una base. El departamento era pequeño, oscuro, con muebles que no eran suyos. Por primera vez en su vida, Alberto estaba solo en un espacio que era solo de él. Sin compañeros de militancia. Sin esposa. Sin hija. Sin nadie que lo observara o que esperara algo de él.

La soledad fue devastadora los primeros días. No porque estuviera solo sino porque estaba solo con la verdad. Y la verdad, cuando la has bloqueado durante treinta y cinco años, no es una compañía agradable. Es un espejo que te muestra todo lo que no quisiste ver, todo lo que enterraste, todo lo que bloqueaste. Alberto se pasaba las noches sin dormir, mirando el techo, preguntándose quién era realmente, cómo había llegado hasta ahí, qué habría sido de su vida si la dictadura no lo hubiera torturado, si la represión no lo hubiera silenciado, si alguien le hubiera dicho a los diez años que lo que sentía en la ducha no era sucio.

La hija quedó con su madre. Eso fue lo más doloroso. No la veía todos los días como antes. No estaba ahí para levantarla, para darle el desayuno, para leerle un cuento antes de dormir. La ausencia de la hija era un hueco en el pecho que no se llenaba con nada. Y la culpa por esa ausencia se sumaba a la culpa por la esposa, y las dos culpas se sumaban a la culpa por haber vivido una mentira durante tantos años, y todas esas culpas juntas formaban un peso que lo aplastaba contra el piso de ese departamento oscuro en el centro de Santiago.

Pero entre el dolor y la culpa, había algo que Alberto no esperaba, sino esperanza. Una esperanza frágil, casi ridícula, como una plantita que crece en una grieta del asfalto. La esperanza de que Ariel estuviera ahí. De que lo que habían sentido no fuera un fuego que se apagara tan pronto como se había encendido. De que había una vida posible del otro lado de la destrucción.

El encuentro fue planificado. No fue algo espontáneo. Se acordaron un día y una hora. Ariel iría a su departamento. Y Alberto esperó ese día con una mezcla de terror y anticipación que no había sentido jamás. Era como esperar una sentencia. Pero una sentencia que podía ser de absolución.

Ariel llegó. Entró al departamento. Y lo que pasó después fue lo más parecido a la paz que Alberto había conocido en su vida. Estar con Ariel no era como estar con su esposa. No era una obligación ni un esfuerzo ni una performance. Era simplemente estar. Era dejar de actuar. Era

dejar de bloquear. Era permitir que el cuerpo sintiera lo que tenía que sentir sin que ninguna voz interna le dijera que eso estaba mal.

Los primeros días juntos fueron intensos. Había sexo, sí, pero el sexo era solo una parte de algo más grande. Era la primera vez que Alberto tenía relaciones sexuales con un hombre y no sentía pánico. No había mecanismo de bloqueo. No había disociación. No había esa sensación de salir de su cuerpo para mirarse desde arriba mientras algo sucedía que él no podía permitirse sentir. Estaba ahí. Completo. Presente. Por primera vez en su vida.

Y con esa presencia llegaba la esperanza de que todo eso podía durar. De que podían construir algo juntos. De que la destrucción que habían causado no era el final sino el principio, el precio que había que pagar para llegar a una vida que finalmente fuera verdadera.

Alberto no sabía que esa esperanza era también una forma de represión. No sabía que estaba repitiendo el patrón de siempre: poner toda su energía, todo su deseo, toda su necesidad de reconocimiento en un solo hombre, como había hecho con el profesor de la ducha, con los compañeros del colectivo, con los de la clandestinidad. No sabía que Ariel cargaba sus propias contradicciones, sus propios miedos, su propia historia de represión que Alberto ni nadie podían resolver.

Pero eso vendría después. En esos primeros días en el departamento del centro de Santiago, Alberto solo sabía una cosa, que estaba vivo. De verdad vivo. Por primera vez en treinta y cinco años.

Los días felices

Durante unas semanas, Alberto creyó que la vida finalmente había empezado. Vivía en el departamento del centro de Santiago, Ariel iba y venía, y en esos encuentros había algo que Alberto no tenía palabras para describir pero que reconocía como lo único que había buscado toda su vida sin saber que lo buscaba.

Hacían cosas simples. Cocinaban. Hablaban hasta la madrugada. Caminaban por las calles del centro sin rumbo fijo, como dos personas que acaban de salir de una cárcel y necesitan verificar que el mundo sigue ahí afuera. Alberto sentía que cada minuto con Ariel era un minuto que le robaba a la mentira en la que había vivido, un minuto que le devolvía algo que le habían quitado sin pedirle permiso.

El sexo era parte de eso, pero no era todo. Para Alberto, lo más importante no era el sexo en sí sino lo que ocurría antes y después, la posibilidad de estar desnudo junto a otro hombre sin pánico, sin bloqueo, sin la necesidad de disociarse. Poder mirar a Ariel mientras se vestía y sentir que ese mirar estaba permitido. Poder tocar su mano en la calle y no sentir que el mundo se iba a venir abajo. Poder decirle algo bonito y no tener que traducirlo al lenguaje seguro de la amistad.

Eran cosas mínimas. Cosas que cualquier persona que hubiera vivido su sexualidad sin represión habría dado por sentadas. Pero para Alberto, que había pasado treinta y cinco años convirtiendo cada deseo en otra cosa, cada atracción en camaradería, cada impulso en política, esas cosas mínimas eran revolucionarias. Eran la revolución que la militancia nunca le había dado.

Ariel tenía una forma de estar en el mundo que Alberto admiraba y envidiaba al mismo tiempo. Era más joven, más suelto, menos marcado por la dictadura, menos atrapado en las estructuras rígidas de la izquierda. No era que no tuviera sus propios problemas, sus propias represiones. Pero las llevaba de otra forma, con una ligereza que Alberto no podía imitar porque la ligereza no se aprende cuando has sido capturado por la CNI y te han desnudado en una celda amarilla.

Esos días felices duraron lo que duran las cosas que se construyen sobre ruinas, o sea, poco y mal. Porque debajo de la felicidad de Alberto estaba todo lo que no había resuelto. La culpa por la esposa. La ausencia de la hija. El desempleo. La precariedad. Y debajo de la aparente soltura de Ariel había algo que Alberto no podía ver todavía, algo que se movía en las sombras de esa relación como un animal que espera el momento adecuado para salir.

Pero mientras eso no salía, Alberto se permitió creer. Se permitió pensar que la vida podía ser así, que podía haber un cuerpo al lado suyo que no lo aterrorizara, que podía despertar por la mañana y no tener que inventar una razón para estar ahí. Se permitió, por unas semanas, la ilusión de que el daño podía deshacerse.

No puedo vivir así

Fue durante el sexo cuando Ariel lo dijo. No antes ni después. En el medio. Como si esas palabras hubieran estado acumulándose dentro de

él y el cuerpo, en el momento de mayor vulnerabilidad, ya no pudiera retenerlas.

"No puedo vivir así."

Alberto no entendió al principio. Pensó que se refería al departamento, a la precariedad del espacio, a la falta de recursos. Pero el tono de voz de Ariel no era una queja material. Era algo más profundo, más grave, como una sentencia que se dicta contra uno mismo.

Ariel se apartó. Se sentó en el borde de la cama. Y lo que dijo después fue peor que lo primero. Dijo que había dejado todo por estar con Alberto. Que había roto con su novia, que había enfrentado a su familia, que había puesto su vida patas arriba. Y que ahora, después de todo eso, sentía que Alberto seguía atrapado en algo que él no podía alcanzar. Que había una pared entre ellos que no era de cemento sino de algo más duro, como la represión, de miedo, de una forma de ser que Alberto no podía soltar aunque quisiera.

"Hiciste todo para estar conmigo, pero eliges la represión", le dijo Ariel. Y esas palabras se clavaron en Alberto como un clavo en madera blanda.

Porque era verdad. Y Alberto lo sabía. Podía sentir que había algo dentro de él que no se había liberado aunque el mecanismo de bloqueo se hubiera roto. El mecanismo se había roto, sí. Pero los escombros del mecanismo seguían ahí. Los fragmentos de treinta y cinco años de represión no desaparecían porque él hubiera reconocido que era gay. Estaban ahí, en sus gestos, en sus silencios, en la forma en que a veces se cerraba sin razón aparente, en la incapacidad de entregarse del todo porque entregarse del todo significaba dejar de controlar y dejar de controlar significaba volver a la celda amarilla donde no tenía control de nada.

Ariel lo veía. Ariel veía las grietas que Alberto no podía ver en sí mismo. Y esa mirada, que al principio había sido liberadora, ahora se sentía como un juicio.

Lo que pasó en las horas siguientes fue una conversación que Alberto recuerda como una de las más dolorosas de su vida. Más dolorosa que la confesión a su esposa. Más dolorosa que cualquier interrogatorio en la celda amarilla. Porque en la celda sabía que el enemigo estaba afuera.

En esa conversación, el enemigo estaba adentro, era parte de él, y Ariel se lo estaba mostrando con una claridad que no dejaba lugar a la evasión.

La ida

Ariel se fue. No ese día, pero sí poco después. Y la forma en que lo hizo fue devastadora: se fue con su novia.

Dijo que era bisexual. Dijo que necesitaba una mujer. Dijo que la vida con Alberto le había mostrado algo que él no podía negar, pero que tampoco podía sostener. Que había probado lo que era estar con un hombre, que le había gustado, que quizás siempre le había gustado, pero que no podía vivir esa vida. Que la presión social, la familia, el contexto, todo eso pesaba más que lo que sentía.

Alberto escuchó esas palabras y escuchó también el eco de su propia historia. Porque Ariel estaba haciendo lo que Alberto había hecho durante treinta y cinco años. Estaba traduciendo su deseo a otro lenguaje. Estaba escondiendo lo que era debajo de una forma socialmente aceptable. Estaba eligiendo la represión porque la represión era más segura que la verdad.

La diferencia era que Ariel estaba haciendo eso a los veinticinco años, con toda una vida por delante para deshacer el daño. Alberto lo había hecho a los diez, y el daño ya era irreversible.

Cuando Ariel se fue, Alberto se quedó solo en el departamento del centro de Santiago. Y la soledad que antes había sido dolorosa se convirtió en algo peor, fue un vacío que tenía nombre. Se llamaba Ariel. Se llamaba la primera persona que lo había hecho sentir que podía existir sin mentir. Se llamaba la pérdida de algo que Alberto había tenido por apenas unas semanas y que sentía como si lo hubiera esperado toda la vida.

No hubo despedida dramática. No hubo lágrimas compartidas. Ariel se fue con la misma naturalidad con que había llegado, como alguien que entra y sale de una habitación sin hacer ruido. Y esa naturalidad fue lo más cruel, pues algo que para Alberto era el centro de su mundo, para Ariel pudiera ser solo un episodio, una experiencia, una parada en un camino que seguía hacia otro lado.

Alberto no lo odió. No pudo odiarlo. Porque odiarlo habría significado odiar algo de sí mismo, y ya tenía suficiente culpa como para agregarle odio. Lo que sintió fue algo más complejo, la comprensión de que Ariel también era una víctima. De qué, exactamente, Alberto no lo sabía. Pero sabía que nadie elige la represión si no hay algo que la impone. Y que si Ariel estaba yéndose con una mujer, no era porque no quisiera estar con Alberto. Era porque algo más grande que él le impedía quedarse.

Esa comprensión no aliviaba el dolor. Pero le daba un contexto. Le permitía ver que lo que había pasado entre ellos no era un fracaso personal sino una repetición, pues la represión que había destruido la vida de Alberto ahora estaba destruyendo la vida de Ariel, y la destruiría de nuevo si alguien no la detenía.

Los libros, otra vez

Solo, sin trabajo, sin pareja, sin la rutina que había sostenido durante años, Alberto hizo lo único que sabía hacer cuando no sabía qué hacer, leer. Pero esta vez no leyó política. Leyó otra cosa. Leyó todo lo que pudo encontrar sobre sexualidad, sobre identidad, sobre el cuerpo.

Leía a Maturana y sentía que le estaban hablando a él: que el amor no es una propiedad sino un fenómeno biológico, que los seres humanos se constituyen en el lenguaje. Pensaba en su infancia, en el padre violento, en la madre que despreciaba a los colas, en el hijo del almacenero burlado en la esquina, y entendía que lo que Maturana describía como biología, él lo había vivido como dictadura.

Leía a Maslow y reconocía en esa pirámide el mapa de todo lo que le habían negado desde niño: seguridad, pertenencia, reconocimiento, y arriba de todo, la posibilidad de saber quién era.

Leía a Bly, y algo le hacía ruido: la idea de ritualizar la masculinidad le sonaba a otra forma de evadir la pregunta de fondo. Un hombre como su padre, en un sistema que ritualizara su masculinidad en vez de transformarla, probablemente no habría dejado de ser violento.

Leía también que ser gay no era solo un dato biológico ni una elección personal, sino un producto de la época en que le tocó vivir, de la clase social a la que pertenecía, de la militancia en la que se formó, de la tortura que sufrió.

Leía de noche. Leía de día. Leía en el departamento oscuro del centro de Santiago mientras la ciudad seguía girando afuera sin saber que un hombre de treinta y cinco años estaba reconstruyendo su identidad a partir de libros que nadie le había recomendado, que había encontrado por casualidad, que lo estaban salvando de una manera que ningún psiquiatra había podido salvarlo porque ningún psiquiatra le había preguntado lo que realmente le pasaba.

Y mientras leía, algo empezó a pasar que no esperaba. Los recuerdos empezaron a volver. No los recuerdos políticos, esos siempre habían estado ahí. Los otros. Los que el mecanismo de olvido había enterrado tan profundamente que Alberto ni siquiera sabía que existían.

La epifanía

Empezó con el chico pecoso. Una noche, leyendo a Maturana, Alberto cerró el libro y vio el patio de la escuela, el sol, las sombras, un chico de siete años con pecas que ocupaba el espacio como si el espacio le perteneciera. Recordaba su nombre. Por primera vez podía nombrar la sensación: atracción. Deseo.

Después vino el profesor de la ducha. No como un recuerdo borroso sino como una escena completa, con el vapor, el agua caliente, el cuerpo del profesor bajo la cascada, la sensación de que algo se abría.

Después vinieron los compañeros del colectivo. Las preguntas profundizándose. Los "nos queremos mucho" que no eran solo amistad. El compañero que años después le dijo "siempre supe que eras gay, ¿vos no?"

Después vinieron las camas compartidas. La excitación que no podía nombrar. El pánico que la seguía. El bloqueo. El olvido de la mañana. Todo eso volvió de golpe, como una ola que había estado retenida por un dique que finalmente se rompía.

Y en medio de todo eso, sentado en el piso de su departamento con libros tirados alrededor, Alberto tuvo la epifanía. No fue una idea. Fue un golpe físico, como si alguien le hubiera pegado en el pecho.

"La dictadura tronchó mi vida."

No era solo que lo hubiera torturado. No era solo que lo hubiera expulsado de la universidad. No era solo que le hubiera matado al

hermano. Era que la dictadura había entrado en su cuerpo en 1982, en esa celda amarilla, y ahí había hecho algo que ni la tortura física podía hacer: bloquear su capacidad de reconocerse a sí mismo.

Diecinueve años. De los dieciséis a los treinta y cinco. Los años en que otros se descubrían, se equivocaban, se enamoraban, se rompían y se reconstruían, fueron los años que le robaron. ¡Toda una dictadura! No la vivió el país únicamente, la vivió su cuerpo, y miles o millones más, de distinta manera.

Alberto se quedó sentado en el piso del departamento durante un tiempo que no pudo medir. No lloró. No gritó. Simplemente estuvo ahí, con la frase dándole vueltas en la cabeza. El matrimonio no había sido una elección libre. La militancia no había sido solo compromiso político. Todo, desde el chico pecoso hasta la separación de su esposa, había estado marcado por la represión.

Esa noche, sentado en el piso de un departamento oscuro en el centro de Santiago, rodeado de libros que le habían devuelto los recuerdos que le habían robado, Alberto comprendió con certeza que no bastaba con haber dejado a su esposa, ni con haber vivido lo que vivió con Ariel en la clandestinidad de ese mismo departamento. Tenía que salir del armario ante todo el mundo.

La decisión

La epifanía del departamento no duró una noche. Se instaló, como un hueso en la garganta. "La dictadura tronchó mi vida." Esa frase se convirtió en el latido de sus días. La escuchaba al despertar, al mirar a su hija, al pensar en su esposa, al recordar a Jécar.

Durante unas semanas Alberto no hizo nada con esa frase. La dejó ahí, dándole vueltas. Tenía el diagnóstico pero no el tratamiento.

Lo primero que pensó fue la terapia. Pero algo en él la rechazaba. No era orgullo. Era la sensación de que lo que le había pasado no era un problema individual sino político, y tratarlo como algo individual era una forma más de rendirse. Si la dictadura lo había destruido como cuerpo político, la sanación también tenía que serlo.

Fue ahí donde empezó a pensar en el MOVILH. Lo conocía porque sus dirigentes habían llegado a CODEPU a ver si existían formas de

abordar los casos de violación a los derechos humanos de personas homosexuales. Su mundo había sido siempre el de la izquierda tradicional, de los sindicatos, de los organismos de derechos humanos. El mundo de la disidencia sexual le parecía algo ajeno.

Pero la epifanía le había mostrado que eso era mentira. Que su mundo y el de la disidencia sexual eran el mismo mundo.

Así que tomó una decisión que fue madurando durante 1992 y 1993. No fue un impulso. Iba a dejar CODEPU e ingresar al MOVILH.

En 1993, mientras trabajaba aún en CODEPU, comenzó a relacionarse de forma más sistemática con el MOVILH. Fue un período de transición, de tanteo, de ver si realmente eso que sentía en su cuerpo podía encontrar un espacio político donde expresarse.

Se fue de CODEPU sin mayores explicaciones en 1993. Nadie entendía que lo que Alberto estaba haciendo no era abandonar la lucha, sino cambiarla de frente, porque los mismos derechos humanos por los que había luchado durante una década incluían también el derecho a existir sin que el Estado, la sociedad o la familia le pusieran una venda en los ojos y una celda amarilla alrededor del corazón.

La campaña

En el MOVILH, Alberto encontró algo que no esperaba, pues encontró no solo un espacio de activismo sino un espacio de reconocimiento. Por primera vez en su vida, estaba en una sala con otras personas que habían vivido algo parecido a lo que él había vivido. No todos. Cada historia era distinta. Pero había un lenguaje compartido, una experiencia compartida del daño, que hacía que Alberto no tuviera que explicar desde cero lo que le había pasado. Podía decir "la dictadura bloqueó mi identidad sexual" y nadie le decía que eso no tenía sentido. Porque tenía sentido. Tenía todo el sentido del mundo.

Uno de los primeros debates en los que participó fue sobre la despenalización de la sodomía. En Chile, el artículo 365 del Código Penal castigaba las relaciones sexuales entre hombres con penas de cárcel. Era una ley heredada del código

español, que a su vez la había heredado de leyes medievales, y que la dictadura no solo no había derogado sino que había mantenido como parte de su arsenal de control sobre los cuerpos.

Para Alberto, esa ley no era una abstracción. Era la ley que había hecho posible su represión. No solo la represión política, sino la represión sexual. Porque si las relaciones entre hombres eran delito, entonces lo que él sentía era delito. Y si lo que sentía era delito, entonces el mecanismo de bloqueo no era una patología personal sino una respuesta racional a un entorno que lo habría destruido si hubiera actuado sobre lo que sentía.

La campaña por la despenalización lo movilizó como nada lo había movilizado desde los años de la universidad. Pero esta vez era distinto. En la universidad, la militancia le pedía que ocultara su cuerpo para que el cuerpo pudiera luchar. En el MOVILH, la lucha le pedía que mostrara su cuerpo, que lo pusiera en primera fila, que dijera "soy este cuerpo y este cuerpo es político".

Era una inversión radical de todo lo que había aprendido. Y al mismo tiempo era la continuación lógica de todo lo que había vivido. Porque si la dictadura había usado su cuerpo como arma contra él, la respuesta no podía ser esconder el cuerpo sino exponerlo. No podía ser la vergüenza sino la desvergüenza. No podía ser el silencio sino la palabra.

Alberto empezó a hablar en público. En asambleas, en universidades, en encuentros con otras organizaciones. Y lo que decía iba más lejos de la era teoría académica y de los discursos militantes, porque era su historia, la del chico pecoso, la historia de la ducha y de las camas compartidas, la historia de la celda amarilla y la del matrimonio construido sobre una verdad enterrada. La historia de Ariel y la de libros leídos en un departamento oscuro. La historia de la epifanía.

Y cada vez que la contaba, sentía que algo se sanaba, aunque no completa ni mágicamente. Pero se sanaba, porque contar era lo opuesto de bloquear y de olvidar. Contar era tomar lo que la represión había enterrado y sacarlo a la luz, ponerlo frente a los ojos de otros, convertirlo en algo que ya no podía ser negado ni por él ni por nadie.

La revista

Alberto hizo algo que pocos dirigentes públicos habían hecho en Chile, pues apareció en un reportaje en una revista de análisis político en Chile a dos planas, junto a otro dirigente del MOVILH, para dar cuenta del objetivo de la campaña por la despenalización de la sodomía que la organización había iniciado. El objetivo político de la publicación era clarísimo, puesto que era una demanda que aparecía con dos rostros identificables que no ocultarían que eran gays.

Alberto sabía lo que eso significaba. Sabía que una vez que la declaración saliera en papel, no habría vuelta atrás. Su familia lo sabría. Sus compañeros de CODEPU lo sabrían. Los sindicatos donde había trabajado lo sabrían. Su hija, cuando fuera lo suficientemente grande para leer, lo sabría. Todo el mundo sabría.

Y sin embargo lo hizo. Lo hizo con la misma certeza con que había entrado a la clandestinidad catorce años antes, sabiendo que había un riesgo y decidiendo que el riesgo valía la pena. La diferencia era que en la clandestinidad el riesgo era físico, era la muerte, y ahora el riesgo era social, era el rechazo, era la estigmatización. Pero para Alberto, que había sobrevivido a la vejación y tortura, el rechazo social parecía un precio menor a sus treinta y cinco años,

Lo que no esperaba era lo que vino después. Porque la declaración no solo generó rechazo. Generó algo más complejo: el silencio. Muchos de sus compañeros de la izquierda tradicional no dijeron nada. No lo condenaron pero no lo apoyaron. Simplemente callaron. Otros se reunieron para analizar lo ocurrido. Como si la homosexualidad de Alberto fuera algo de lo que no se podían hablar, ni para bien ni para mal, o de que era objeto de escaneo sobre su conducta en el pasado. Como si nombrarlo fuera contagioso.

Ese silencio, o esa sospecha dolía más que el rechazo abierto. Porque el rechazo al menos reconocía que algo había pasado. El silencio y la sospecha pretendían que no había pasado nada. Y Alberto sabía que sí había pasado. Que su aparición pública era un evento político que merecía ser discutido, debatido, posicionado. Pero la izquierda chilena de esos años no tenía herramientas para procesar eso. No sabía qué hacer con un dirigente que decía "soy gay" con la misma naturalidad

con que decía "soy de izquierda". No encajaba con comodidad en ninguna de las categorías disponibles.

Pero Alberto no se arrepintió. Lo que sintió después de la publicación fue algo que no había sentido jamás, la sensación de estar viviendo sin máscara. De que lo que la gente veía era lo que él era. De que ya no tenía que traducir su deseo a otro lenguaje, no tenía que esconder su cuerpo detrás de la militancia, no tenía que hacer como si la parte más importante de quién era no existiera.

Era libertad. Una libertad incompleta, precaria, rodeada de silencios y de peligros. Pero libertad al fin. La primera vez en treinta y cinco años que Alberto podía decir que era libre.

Salir del clóset a los treinta y cinco años no fue un acto de valentía. Fue un acto de agotamiento. Alberto no salió porque se sintiera fuerte. Salió porque ya no tenía energía para

seguir escondiéndose. Diecinueve años de no saber de qué se trataba su vida realmente, de sentir que su vida consistía únicamente en una permanente lucha por algo de justicia para el mundo, sin saber que también era algo de justicia para sí mismo. Diecinueve años de abandono le habían agotado sus reservas de silencio, todo eso se había acumulado como una deuda que finalmente venció.

La declaración pública en la revista no fue un coming out glamoroso. Fue una consecuencia lógica del peso de la historia. Había llegado el momento en que su propia experiencia comenzaba a tener sentido al acompañar a otros en sus procesos, de ver jóvenes que salían del clóset a los veinte o treinta años y pensar que él habría podido hacerlo tres décadas antes si el país en que vivía no hubiera sido una dictadura que le enseñó que la visibilidad era sinónimo de muerte. Cada joven que se declaraba gay en Chile en los años noventa y dos mil era, para Alberto, una evidencia de lo que la represión le había robado. No les tenía envidia. Les tenía algo parecido a la ternura, mezclado con un dolor que no podía nombrar del todo: la conciencia de que él podría haber sido uno de ellos, podría haber vivido su juventud sin el peso de la clandestinidad y la tortura, podría haber amado abiertamente en vez de hacerlo en la oscuridad. Pero no podía. La dictadura se lo impidió. Y la dictadura se lo impidió de la forma más brutal posible: no solo reprimiendo su sexualidad sino convirtiendo esa represión en algo tan

profundo que Alberto tardó años en darse cuenta de que estaba siendo reprimido.

PARTE III: LA JAULA COLECTIVA

Antonio

Fue en el MOVILH donde conoció a Antonio. Aunque en realidad, lo había conocido años antes, mientras trabajaba en CODEPU. Pero fue en el MOVILH donde la relación tomó una forma distinta.

No fue como con Ariel. No hubo ese juego de preguntas que iba profundizando, no hubo ese borde del abismo donde se siente que algo va a pasar y no se puede evitar. Con Antonio fue más claro y directo, todo partió con el deseo. Tenían la misma edad, y a diferencia de Alberto, Antonio no había vivido la represión sexual de la misma forma. Venía de la izquierda, con una historia de militancia cristiana, cargaba con sus propias cicatrices. Pero había algo en él que era diferente a todo lo que Alberto había conocido, pues había una relación con su propio cuerpo que no estaba marcada por la culpa ni por el bloqueo. Antonio se movía en el mundo con una autonomía corporal y afectiva que cuestionaba los estereotipos de género sin complejos. Alberto estuvo dispuesto a involucrarse en una relación con Antonio sin importar aquello, adoptando una actitud coherente con el desprejuicio y la plena aceptación.

La relación comenzó formalmente en 1994, cuando ambos estaban ya en el MOVILH, y duró siete años, hasta el año 2001. En esos años hubo la capacidad de amar sin poseer, de estar con alguien sin que eso significara una prisión para ninguno de los dos.

No había celos. O si los había, no se expresaban como posesión. Había lealtad, sí. Había cuidado. Había una forma de estar juntos que respetaba la individualidad de cada uno sin que eso significara distancia. Era lo que Alberto había buscado toda su vida sin saber que lo buscaba, una relación donde pudiera ser él mismo sin que eso exigiera dejar de ser quien era antes de la relación.

Fueron años distintos a todo lo que Alberto había vivido. No eran los años de la militancia clandestina, donde cada día era una emergencia o un permanente estado de alerta. Eran años de una suerte de normalidad

que Alberto aprendió a querer. Despertar junto a un hombre y no sentir pánico. Salir a la calle con él y hacerlo con cierta tranquilidad espiritual. Presentarlo a los amigos y no tener que usar el lenguaje seguro de la "camaradería". Aunque la preocupación siempre estuvo frente a la violencia y las agresiones del entorno, no era lo mismo, porque en el fuero interno se sentía libre, ya había vencido al tirano interior o al menos ya tenía las armas para no volver a la celda amarilla.

Mientras tanto, Ariel seguía apareciendo ocasionalmente. No como una amenaza sino como un eco. Se veían de vez en cuando, en encuentros que no estaban planificados pero que tampoco eran casuales. Hablaban. Se preguntaban cómo estaban. Y cada vez que Alberto veía a Ariel, sentía algo que ya no era dolor sino una especie de melancolía suave, como la que se siente al mirar una foto vieja, todo eso pasó, fue importante, ya no es el presente y no será futuro.

La diferencia era que con Antonio, esos encuentros con Ariel no generaban crisis. No había juicios mutuos, ni por lo que habían vivido ni por lo que todavía cargaban. Antonio simplemente estaba ahí, con una presencia que no demandaba nada a cambio, y eso le daba a Alberto un espacio que nunca había tenido, el espacio para sanar a su propio ritmo, sin presiones, sin plazos, sin la sensación de que si no lo lograba rápido iba a perder al otro.

Las hermanas

En 1994, poco después de que la revista saliera con su declaración, las hermanas de Alberto fueron a visitarlo a su departamento. Alguien les había contado lo que apareció publicado, y quisieron saber algo más al respecto. María y Beatriz llegaron para conversar de aquello, pero no para hablar de que fuera gay: querían saber si eso había sido producido por una violación que él hubiera sufrido.

La pregunta lo descolocó. No porque fuera ofensiva sino porque venía de un lugar que él no conocía. Sus hermanas no estaban preguntando por su homosexualidad. Estaban preguntando por algo más oscuro, más enterrado, algo que ellas parecían saber y que él no sabía.

Lo que vino después fue una conversación que Alberto recuerda como la más difícil de su vida, más difícil que cualquier confesión, más difícil que la denuncia en la revista. Porque fue María quien habló. Dijo que su

padre le había hecho algo más que golpear, y lo dijo con una precisión clínica, como quien lee un parte médico, como si llevara años ensayando cada palabra para que no le temblaran. Beatriz, sentada a su lado, no agregó detalles: solo asintió, como quien confirma algo que ya sabía por haberlo presenciado de cerca sin nombrarlo nunca.

Alberto escuchó y sintió que el suelo se abría. No solo por el horror de lo que sus hermanas habían vivido. Sino porque comprendió que la violencia del padre no era solo contra las mujeres de la casa. Era contra todos los cuerpos que estaban bajo su poder. Alberto había escapado del abuso sexual directo, pero no había escapado de la violencia que el padre ejercía sobre los cuerpos de los suyos. Y entonces recordó lo que en la familia ya se sabía a medias, y es que el padre, antes, había llorado en medio de su ebriedad diciendo que odiaba a uno de sus tíos, que había abusado de él cuando apenas tenía siete años.

Supieron entonces que la cadena venía de antes. Que el padre no había inventado esa violencia sino que la había heredado.

Lo que pasó después fue lento y doloroso. Pero algo se construyó, una red de sostén entre los hermanos que habían sobrevivido al mismo hombre por caminos diferentes. Compartirlo, como contar la historia en la revista, como hablar en las asambleas del MOVILH, fue la forma en que Alberto encontró para no ser devorado por lo que le habían hecho.

No vuelvas

Alberto y Ariel se siguieron viendo después de la separación. No con regularidad. No con un patrón. Se encontraban en la calle, en alguna actividad, en un café que ambos frecuentaban sin haberse puesto de acuerdo. Y esas encuentros tenían siempre la misma forma, una conversación amable, una cercanía que no se nombraba, y una despedida que dejaba a Alberto con la sensación de que algo quedaba pendiente.

Hubo una vez, sin embargo, que el encuentro fue diferente. Ariel lo llamó. Le pidió que fuera a su departamento. Alberto fue. No con la esperanza de reanudar la relación, porque ya había aprendido que Ariel no podía dar lo que Alberto necesitaba. Fue por la necesidad de cerrar algo, de entender qué había sido eso que vivieron, de ponerle un punto final a una historia que no tenía final.

Fueron al departamento de Ariel. Hablaron. El clima era distinto a otras veces. Había una tensión que no era sexual exactamente pero que tenía que ver con los cuerpos, con la proximidad, con la memoria de lo que habían sido juntos. En algún momento, la conversación se cortó. El silencio se llenó de algo que ambos reconocían. Y Ariel dijo algo que Alberto no esperaba. "No vuelvas si es solo para sexo."

La frase cayó como una sentencia. Porque Ariel estaba diciendo algo que Alberto quería también decir. Cada vez que se veían, había algo en ambos que buscaba el cuerpo del otro como quien busca una droga que ya se sabe que no los curaría pero que temporalmente aplacaba el dolor. Que la necesidad de contacto físico era más fuerte que la necesidad de la verdad.

Que Ariel estaba usando a Alberto para repetir algo que no podía repetirse porque ya no era lo que había sido. O que Alberto buscara en Ariel aquello que esperaba como compensación por la destrucción de las vidas que amaba en su entorno familiar hubiera sido al menos un "valió la pena".

Que cada vez que iba a verlo, aunque dijera que iba por otra cosa, aunque se convenciera de que solo quería hablar, había una parte de él que buscaba el contacto, que buscaba la piel, que buscaba esa sensación de estar vivo que solo Ariel le había dado.

Alberto se quedó quieto. No respondió inmediatamente. Y en ese silencio comprendió que Ariel tenía razón. No podía esperar aquello que Ariel no le daría porque ya lo tenía resuelto.

Y esa noche no hubo sexo. Alberto no intentó nada, Ariel tampoco. Se quedaron sentados, mirándose, sintiendo que algo se cerraba. No con dolor. No con rabia. Con una tristeza limpia, como la que se siente cuando se entiende finalmente que algo se terminó y que no sirve de nada intentar revivirlo.

Se despidieron. Se abrazaron. Y Alberto salió a la calle sabiendo que no volvería. No porque Ariel se lo hubiera prohibido sino porque él mismo lo había entendido, pues volver sería usar a Ariel como una prótesis de algo que tenía que construir por su cuenta. Y Ariel merecía más que ser una prótesis. Ariel merecía que lo dejaran en paz.

La última vez que se vieron fue hacia 1998. Después de esa conversación, Alberto entendió que tenía que soltar a Ariel. Y Ariel, por su parte, comenzó a construir la vida heterosexual que creía que necesitaba.

Vidas paralelas

Después de esa última noche, las vidas de Alberto y Ariel tomaron caminos que ya no se cruzarían más que de forma tangencial. Como dos líneas que se acercan una vez, se tocan, y después se alejan para siempre, dejando solo el recuerdo del punto de contacto.

Ariel se casó con una mujer. Tuvo hijos. Construyó la vida que había dicho que necesitaba, la vida que el contexto le exigía, la vida que podía sostener sin que el mundo le cayera encima. Alberto no sabía los detalles. Sabía lo esencial porque se lo contaban amigos comunes, porque a veces veía fotos en espacios que no eran Facebook todavía pero que funcionaban de forma similar, redes de circulación de información donde las vidas de los demás se muestran en fragmentos.

Ariel vivía una vida heterosexual. Casado. Padre. Eso era lo que se veía desde afuera. Lo que pasaba adentro, Alberto no lo sabía. No sabía si Ariel era feliz. No sabía si extrañaba algo. No sabía si en las noches, cuando la esposa y los hijos dormían, Ariel pensaba en ese departamento en el centro de Santiago donde había besado a un hombre por primera vez y le había dicho "yo también". Alberto no sabía nada de eso. Y había aprendido que no era su lugar saberlo.

Mientras tanto, su propia vida tomaba una forma que nadie habría previsto. Estaba en el MOVILH, hacía campaña por la despenalización de la sodomía, daba entrevistas, hablaba en público, se declaraba gay en revistas, construía una identidad que ya no necesitaba ocultar. Estaba con Antonio, viviendo una relación que le enseñaba que era posible amar.

La relación con Antonio no fue la cura, pero fue el inicio de la cura, que es algo distinto. Con Antonio, Alberto aprendió que amar a un hombre no tenía que estar contaminado por el miedo. Aprendió que podía estar en una cama con otro hombre sin que eso activara las alarmas que la celda amarilla había instalado en su cuerpo. Aprendió que la intimidad podía ser un espacio de paz en vez de un campo de batalla. Pero

también aprendió que el daño no se deshace con amor, por más amor que haya.

Había noches en las que Alberto se despertaba sobresaltado, con el corazón latiendo como si estuviera de vuelta en esa celda. Y se daba cuenta que Antonio estaba a su lado y sentía sus manos diciéndole "tenías una pesadilla". Y Alberto volvía a la realidad poco a poco, como alguien que emerge del agua y necesita unos segundos para respirar. Esas noches eran menos frecuentes con los años pero nunca desaparecieron del todo. El trauma no se cura, sino que se aprende a vivir con él, como se aprende a vivir con una cicatriz que duele cuando cambia el clima. Antonio no podía borrar la celda amarilla de la memoria de Alberto, porque nadie supo lo que allí pasó. Nadie podía hacer nada. Pero podía estar ahí, al otro lado de la cicatriz, diciendo "aquí estoy". Y eso, para alguien que había pasado casi cuarenta años apagado de la vida, era más de lo que jamás había esperado recibir.

Alberto empezaba a entender algo de su propia vida: que había estado gobernada por una historia que no eligió, y que solo al conocerla había podido empezar a dejar de estar prisionero de ella.

Su propia vida había estado determinada por condiciones que no manejaba conscientemente, y su despertar lo había puesto al timón de su destino. La de Ariel, en cambio, seguía con un doble timón: después de terminar con Alberto y casarse con una compañera, tenía encuentros eventuales con otros hombres. Quizás su historia se parecía a la de Alberto, quizás no, pero era la suya, todavía vivida en las sombras.

Ninguna de las dos decisiones era simple, ninguna era pura, ninguna estaba libre de dolor.

A veces Alberto se preguntaba qué habría pasado si Ariel hubiera podido quedarse. Si no hubiera vuelto con su novia. Si hubieran construido juntos lo que Alberto terminó construyendo con Antonio. Pero esa pregunta no tenía respuesta y Alberto había aprendido que las preguntas sin respuesta son trampas del pasado. El pasado no se cambia preguntando. Se cambia actuando. Y él estaba actuando.

Los años pasaron. De vez en cuando, alguien le decía que había visto a Ariel. Que estaba bien. Que su familia estaba creciendo. Que parecía feliz. Y Alberto asentía, sentía un calor breve en el pecho, y seguía con

lo suyo. No era rencor. No era indiferencia. Era algo que no tenía nombre, la aceptación de que hay personas que entran en tu vida para abrir una puerta y después se van, y su trabajo ya está hecho, y no puedes pedirles que se queden solo porque tú no quieres estar solo.

Ariel había abierto la puerta. Alberto la había cruzado. Y ahora estaba del otro lado, en un lugar que Ariel no había podido alcanzar pero que existía gracias a que Ariel lo había empujado a cruzar.

El archivo

Años después, cuando las redes sociales se convirtieron en el espacio donde las vidas de todos se exhiben con una sinceridad que no es sinceridad sino performance, Alberto y Ariel se reconectaron por Facebook. No fue un reencuentro dramático. Fue un clic en un botón que decía "agregar amigo", una notificación que decía "Ariel aceptó tu solicitud", y después una línea de tiempo que se llenaba de fotos ajenas, la familia de Ariel, sus hijos creciendo, su esposa sonriendo, las vacaciones, las celebraciones, toda la vida que había elegido construir al otro lado de la puerta que Alberto había cruzado.

Alberto miraba esas fotos sin morbidez. Sin envidia. Con una curiosidad tranquila, como quien mira por una ventana a una casa donde podría haber vivido pero no vivió. Veía a los hijos de Ariel crecer y pensaba en su propia hija, que ya era adulta, que sabía la verdad, con quien tenía una relación que no era perfecta pero que era honesta, y que era más de lo que muchos padres logran después de una separación como la suya.

A veces Ariel le mandaba un mensaje privado. Nada profundo. "¿Cómo estás?" "Todo bien acá." "Qué bueno verte." Frases cortas que no decían nada y que al mismo tiempo decían todo, algo como “estamos vivos, seguimos aquí, nos acordamos”.

Alberto respondía con la misma brevedad. No porque no tuviera cosas que decir sino porque había aprendido que hay historias que solo pueden contarse en determinados momentos, con determinadas personas, en determinados contextos. Y Facebook no era el contexto para contar lo que él y Ariel se habían hecho el uno al otro, lo que habían significado, lo que habían roto y lo que habían reparado.

Eso quedaba para otro lugar. O para ningún lugar. Porque no todas las historias necesitan un cierre. Algunas se quedan abiertas, como heridas que no cicatrizan pero que dejan de doler, y uno sigue viviendo con ellas, y están ahí, y a veces sangran un poco y después se secan, y así, sin más.

Lo que Alberto sí hacía, de vez en cuando, era mirar el perfil de Ariel y pensar en la frase que él mismo se había dicho en el departamento oscuro del centro de Santiago, y se dijo "La dictadura tronchó mi vida."

Y después pensaba en Ariel, y se corregía, "La dictadura tronchó nuestras vidas." Porque Ariel también era una víctima. También era un cuerpo que la represión había deformado. También era alguien que podría haber sido diferente si el contexto hubiera sido diferente. Y el hecho de que hubiera elegido la vida heterosexual no era una derrota de Ariel.

Era la derrota social, la derrota de miles en un sistema que les obliga a ser de determinadas maneras. Alberto no le decía eso a Ariel. No se lo decía a nadie. Pero lo pensaba. Y pensarlo le servía para no odiar, no para no sentirse superior, no para creer que él había hecho las cosas bien y Ariel las había hecho mal. Pensarlo le servía para mantener la certeza de que lo que habían vivido no era una historia individual sino una historia política. Que el daño no era de uno ni del otro. Era de todos. Era del país. Era de un sistema que entraba en los cuerpos y los moldeaba según sus intereses, y que después se lavaba las manos diciendo que cada uno había elegido libremente.

Nadie elige libremente vivir bajo una dictadura. Nadie.

La hija, de nuevo

Había una persona que Alberto no había nombrado lo suficiente en toda esta historia, y esa persona era su hija. Porque la hija no era un dato del matrimonio ni una consecuencia de la separación. Era el centro de todo. Era la razón por la que Alberto había llorado durante meses después de su separación, la razón por la que la separación había sido tan dolorosa, porque dejarla era lo más cercano a la muerte que Alberto había sentido jamás.

La hija tenía cinco años cuando Alberto se fue. Y lo que vino después fue una negociación constante, silenciosa, agotadora, con los fines de

semana, las navidades repartidas, los cumpleaños donde había que compartir el espacio con la ex esposa que estaba enferma, los días escolares donde Alberto no podía estar presente porque estaba trabajando o haciendo activismo o simplemente porque no tenía los recursos para darle lo que quería darle.

La relación con la hija no fue fácil. Había dolor. Había preguntas que ella no hacía pero que Alberto sabía que estaba pensando. Había una distancia que no era física sino emocional, una distancia que venía del hecho de que Alberto había sido un padre muy presente durante los primeros años de su vida, y abruptamente, después de la separación sintió que la distancia lo hizo ausente y añorado por su hija, un padre presente ciertos fines de semana, un padre que no estaba ahí cuando la hija se levantaba ni cuando se acostaba, ni cuando lloraba en la noche porque tenía miedo o porque le dolía algo o porque simplemente necesitaba que alguien la abrazara.

Alberto le había contado la verdad siempre en su medida, a lo largo de los años, conforme la hija iba teniendo edad para procesarla. Le había contado que era gay, por qué se había ido. Le había contado, cuando ella fue lo suficientemente grande, que su padre había sido llevado a los cuarteles de la CNI, que eso había afectado su vida de formas que él no había controlado, que la decisión de casarse no había sido una mentira deliberada sino una consecuencia de un daño que nadie le había explicado cómo sanar.

La hija había escuchado, había preguntado y llorado a veces. Se había enojado en otras ocasiones. Y después lo había aceptado porque comprendía también que su vida también se estaba forjando con felicidad y frustraciones. No fue una aceptación como un acto de perdón sino como un acto de reconocimiento. "Entiendo lo que te pasó", le dijo una vez. "No creo que fuera tu culpa." Y esas palabras fueron más sanadoras que cualquier terapia, más liberadoras que cualquier libro de Maturana, más importantes que cualquier campaña del MOVILH.

Porque la hija era la prueba viviente de que el daño no era total. De que la represión había destruido muchas cosas pero no había destruido la capacidad de amar. De que Alberto, a pesar de todo, a pesar de la celda amarilla y el bloqueo y la mentira y la separación, había logrado dar

vida a una persona que podía mirarlo a los ojos y decirle "te entiendo" sin que eso significara negar lo que él había hecho mal.

La relación con la madre de su hija siguió siendo compleja. Ella seguía enferma. Seguía con sus crisis. Y Alberto seguía sintiendo culpa por el papel que su homosexualidad había jugado en el deterioro de ella. Pero con los años, esa culpa se fue transformando en algo más productivo, no en perdón sino en responsabilidad. Alberto no podía cambiar lo que había pasado. Pero podía estar presente y acompañar. Podía asegurarse de que su hija estuviera bien, que su ex compañera tuviera el apoyo que necesitaba, que la familia que habían construido y destruido siguiera existiendo de alguna forma, aunque fuera una forma distinta a la que habían imaginado.

La hija creció. Se hizo adulta. Y la relación con Alberto se convirtió en algo que él no había tenido nunca con nadie, una relación limpia. Sin represión. Sin mentiras. Sin mecanismos de bloqueo. Solo un padre y una hija que se querían a pesar de todo lo que había pasado, y que habían aprendido que el amor no requiere perfección sino honestidad.

El presente

En 2026, Alberto tiene sesenta y ocho años. Vive en Estación Central, en una casa con dirección exacta, con teléfono, con correo electrónico. Es licenciado en Ciencia Política. Está desempleado. Es dirigente sindical. Es gay desde hace treinta y cinco años, desde ese beso en Conchalí que le volvió la vida o se la quitó, según desde donde se mire.

Mira hacia atrás y ve una vida que no parece suya. Ve al chico de siete años que miraba al chico pecoso sin saber qué era eso que sentía. Ve al adolescente del colectivo que se decía "nos queremos mucho" sin poder decir lo que realmente quería decir. Ve al joven de la clandestinidad que compartía camas y bloqueaba su cuerpo con una eficiencia que la CNI habría envidiado. Ve al hombre de veinticinco años desnudo en una celda amarilla, aterrorizado, sin saber que lo que le estaban haciendo ese día iba a marcar el resto de su vida. Ve al esposo que intentó amar a una mujer con todo lo que tenía y no pudo porque lo que tenía no era suficiente ni era lo correcto. Ve al padre que dejó a su hija porque no podía seguir fingiendo. Ve al hombre que besó a Ariel y se sintió vivo por primera vez. Ve al activista que se declaró gay en una revista y perdió el silencio pero ganó la libertad. Ve al compañero de Antonio

que aprendió que amar no es poseer. Ve al hermano que descubrió el abuso de sus hermanas y entendió que la violencia viene de antes de la dictadura, de más adentro, del hogar mismo.

Todo eso es él. Todo eso es una sola vida. Y esa vida, que parece fragmentada, que parece una sucesión de personas distintas que coinciden en un mismo cuerpo, es en realidad una historia coherente. La coherencia no está en lo que Alberto hizo sino en lo que le hicieron. La coherencia es la represión. La represión que viene de la casa, que viene de la calle, que viene de la dictadura, que viene del machismo de la izquierda, que viene de la celda amarilla, que viene de las leyes, que viene de todas las fuerzas que se aliaron para que un hombre tardara treinta y cinco años en poder decir quién era.

Alberto está escribiendo ensayos sobre el movimiento disidente sexual. Está preparando una demanda civil contra el Estado de Chile por los daños que la tortura le causó. Está escribiendo esta novela, o está hablándola, que al final es lo mismo porque las palabras salen de su cuerpo igual.

Y lo que hace no es rencor. No es venganza. Es justicia. La misma justicia que buscaba cuando entró a la clandestinidad militante a los diecinueve años, pero que ahora tiene una forma distinta. Antes la justicia era derrotar a la dictadura. Ahora la justicia es que la dictadura reconozca lo que hizo. No solo lo que hizo a los muertos. Sino lo que hizo a los que sobrevivieron. Lo que hizo a los cuerpos que siguieron vivos pero que nunca fueron los mismos. Lo que hizo a un hombre que podría haber sido quien era a los diez años y tuvo que esperar hasta los treinta y cinco para empezar a serlo.

La jaula amarilla sigue existiendo. No como una celda física sino como un dispositivo que se instaló dentro de Alberto y que todavía funciona a veces, que todavía lo hace bloquear, que todavía lo hace dudar, que todavía lo hace sentir que no merece lo que tiene. Pero ahora sabe que la jaula no es natural. Que no es parte de él. Que fue construida por alguien, por un sistema, por un Estado, y que lo que fue construido puede ser desmontado.

Eso es lo que queda. La certeza de que el daño tuvo un autor. Y que el autor tiene nombre, tiene instituciones, tiene un fisco que puede ser demandado. Y que la demanda no es por el dinero. Es por el

reconocimiento. Es por la verdad. Es para que ningún otro chico pecoso, ningún chico en la ducha, ningún joven en una cama compartida, ningún hombre en un matrimonio inconsciente, tenga que pasar por lo que Alberto pasó.